

PROLOGO

Algunas personas dedicadas al Apostolado han creído que estas páginas pueden hacer bien, por lo que me pidieron fueran publicadas. Ciertamente, sin esto, no lo hubiera hecho.

Son apuntes de conferencias, de lo que se resiste la forma. Y las dejo así, porque si de este modo han hecho bien, temo que queriendo presentarlas «teológicamente» pierdan aquel espíritu sencillo que, hasta el presente, las hizo útiles.

Probablemente no se hallará en ellas nada nuevo. No sin un tratado teológico. Su fin ha sido presentar en un tono psicológico, vital, el contenido de la devoción al Sagrado Corazón, que, por otra parte, se presupone determinado en los documentos pontificios, especialmente en la encíclica Haurietis Aquas, de Pío XII, y bien fundamentado en los buenos autores clásicos de la materia. Inútil, pues, buscar en estas páginas definiciones o especulaciones.

A alguien podrá parecerle también que no se considera e valor de la vida cristiana como tal, sobre todo de una intensa vida cristiana. De hecho, toda la vida cristiana supone ya una buena consagración en el Bautismo, y también todas las buenas obras tienen un cierto valor de consolación.

Estas páginas no pretenden asumir el monopolio de la vida cristiana, sino mostrar sencillamente los valores reales que existen en la devoción al Corazón de Cristo.

EL AUTOR

NOTA DE LA CUARTA EDICIÓN

En esta cuarta edición se ha revisado todo el texto, se han introducido algunas modificaciones en los tres últimos capítulos y se han añadido algunas matizaciones inspiradas en la enseñanza de Juan Pablo II, en especial sobre la reparación (Capítulo VIII) y sobre «la civilización del amor». Estas últimas forman un nuevo capítulo, el décimo, de esta edición.

EL AUTOR

CAPITULO I

INTRODUCCIÓN

Frecuentemente se oye hablar de crisis de vida religiosa en el mundo.

La humanidad se apega desesperadamente al materialismo y no comprende que en él no está la salvación, sino, por el contrario, el peso que la sumerge.

Semejante situación nos ha hecho soñar tal vez en conversiones masivas. Con todo, permanece siempre firme la verdad general: la santidad es una tarea enteramente personal. El catolicismo viene a ser la historia de este <<cuerpo a cuerpo>> entre Jesucristo y cada católico.

En este «cuerpo a cuerpo» tiene una acción especial la Iglesia. No es una expresión vacía llamar a la Iglesia «nuestra Madre». Realmente lo es, y por muchos títulos. Ella nos ha dado a luz en el Bautismo y en sus brazos reposamos hasta la muerte.

En la vida sobrenatural es característico el hecho del futuro que permanece unido a su principio y que se adhiere cada vez más íntimamente a él: como el Verbo eterno engendrado por el Padre permanece en El (Jn 15,4).

En la vida de perfección, cuanto más progresa y madura la personalidad, tanto más depende de sus principios: Cristo y la Iglesia. En el máximo de su unión con la Iglesia, su Madre, el católico se identifica de alguna manera con el Corazón mismo de la Iglesia, con Cristo.

Si se quiere hallar una solución a la crisis religiosa del mundo es preciso buscarla en la realización de estas relaciones sobrenaturales.

De las verdades reveladas por Cristo y enseñadas por la Iglesia, nos parece esencial para nuestra vida sobrenatural *la unión con Jesucristo*. En efecto, la vida sobrenatural es una realidad es una realidad en nosotros solo desde el momento en que Jesucristo vive en nosotros. Esta vida es la gracia.

Por el Bautismo estamos ya unidos a Cristo en misteriosa unión, que el Apóstol con énfasis describe diciendo: «Todos vosotros, que habéis sido bautizados en Cristo, estáis revestidos de Cristo» (Gálvez 3,27). Jesucristo toma posesión de nosotros. Todos somos una persona mística en Jesucristo.

Si, además, vivimos en gracia, entonces estamos aún más íntimamente unidos a Jesucristo por la virtud infusa de la Caridad. Unidos, por así decirlo, al Corazón de Cristo, penetramos con toda verdad en el trato íntimo y familiar con su persona.

Es necesario que en nuestra fe tomemos conciencia de este hecho, y que, consecuentemente, desarrollemos cada vez más nuestra unión con Jesucristo hasta la mayor intimidad posible. Y si esto sucediese en cada católico, todos alcanzarían una más estrecha unión entre ellos, en el mismo Jesucristo (Gál 3,28)

Para alcanzar esto, tenemos un medio poderoso: *la devoción al Corazón de Jesús*. Esta devoción es muy eficaz para darnos conciencia de la unión de Cristo con nosotros, de nuestra vital relación con El, y, como consecuencia, para incitar nuestro amor por El y estrechar nuestra unión con El.

Pío XII escribía: «¿No es verdad acaso que en esta forma de devoción está contenida la suma de toda la religión y con ella una norma de vida más perfecta? En efecto, más fácilmente conduce a las almas a conocer íntimamente a Cristo y las impulsa a amarle con más vehemencia y a imitarle con mayor eficacia» (*Miserentissimus*).

Las causas que contribuyen a esa eficiencia en la devoción al Corazón de Jesús son dos: su esencia y las promesas que Cristo ha vinculado a ella.

No queremos ocuparnos ahora de las promesas. Nuestro intento es indicar cómo la misma esencia de la devoción al Corazón de Cristo la hace tan eficaz para la formación del católico, para su santidad y perfección.

CAPITULO II

ALGUNAS IDEAS EQUIVOCADAS Y SUS CONSECUENCIAS

Los últimos Papas -de ello han dado de numerosos documentos pontificios¹ han insistido para que el pueblo abrazase la devoción al Corazón de Cristo.

¿Querían podría dudar de la sinceridad de tales recomendaciones?

En cambio, en la práctica, cuantas dificultades hacia esta devoción. Aún cristianos que parecían formados, basta que oigan hablar de la devoción al Sagrado Corazón para que se cierren a la defensiva. Aquellos que, después de vencida la primera oposición, abrazan la devoción, ¿se encuentran en ella a sus anchas? ¿O no sienten quizás la necesidad de cambiar constantemente su propia posición, como se hace con un cóctel que se esperaba un rendimiento que no se llega a conseguir?

Acaso nosotros mismos hemos experimentado un malestar semejante. Por lo tanto, no está fuera de lugar preguntarse: la oposición inicial y la dificultad que permanece, ¿proviene de los elementos *accesorios* que estorban y hacen más débil la verdadera devoción?

La respuesta parece ser que la causa principal de la oposición se debe a errores de exposición. Se le propone tal vez, como verdadera devoción, sólo lo que es una adulterada mixtificación. Y en cuanto a la dificultad, ésta no va tanto contra la devoción al Corazón de Cristo cuanto contra una deformación de la misma.

Veamos la explicación.

1. El hecho de la oposición

La palabra es signo del pensamiento, pero cuando se pronuncia, no se expresa sólo el pensamiento puro, sino conjuntamente las otras múltiples experiencias afectivas que van asociadas a ellas. Esta parece ser la razón de los frecuentes malentendidos en la devoción al Corazón de Cristo. Para convencerse, basta pensar en lo siguiente.

En el corazón de un joven que ha trabajado ardientemente por el Reino de Cristo se ha ido formando una imagen personalísima de Jesucristo. Para él, la misma palabra «Jesús» está íntimamente ligada a los acontecimientos más personales de su vida. El oír que le proponen ahora el término «Sagrado Corazón» provoca en él, casi inevitablemente, una desilusión: le parece que le destruyen a *su* Jesús, y con El una parte de su propia vida. No está dispuesto a

¹ Encíclica *Annum Sacrum*, de León XII; encíclica *Miserentissimus Redemptor*, de Pío XII; encíclica *Haurietis Aquas*, de Pío XII. En cuanto a Juan Pablo II, puede verse: *El Corazón de Cristo en la enseñanza de Juan Pablo II*, Madrid, 1990

sustituir a Cristo por el «Sagrado Corazón. Porque este término evoca en él asociaciones afectivas desagradables y sin vida. Quizás ve, inmediatamente ante sí, aquellas clásicas viejecitas, cuchicheando oraciones en una capilla oscura, iluminada con luces de los cirios, ante un cuadro... cuya imagen refleja un relámpago que instintivamente le repugna.

Si a esto se añade una coacción externa que le da a entender que, si no abraza tal devoción, con cumple los deseos y órdenes de la Iglesia ni merece las extraordinarias gracias prometidas a esta devoción, es fácil que quede, acaso para siempre, con una doble personalidad dividida.

El efecto de asimilación aparece después a lo largo de toda la vida. Una vida para cuanto se refiere al Corazón de Cristo se mueve con actos forzados. Un hombre que con un simple cambio de atención se convierte en una doble personalidad: espontaneo y natural en la vida ordinaria, artificial y molesto a causa del «Sagrado Corazón» en la vida de oración y de apostolado específico. De ahí la falta de acuerdo y los siempre repetidos esfuerzos por obtener una mayor eficacia y rendimiento en la devoción.

Estos son los hechos que la experiencia nos muestra.

2. Las causas

Jesús no propuso la devoción, a los santos favorecidos por sus revelaciones, con sutiles distinciones escolásticas sobre los elementos esenciales y accidentales, sino que los introdujo lentamente y paso a paso en esta devoción y de la manera como aquel santo determinado habría debido practicarla.

En esta práctica y doctrina global se hallan a veces mezclados elementos esenciales y accidentales.

Los documentos que los santos nos han dejado necesariamente tienen el color de su personalidad, como el agua que pasa por un filtro impregnado de materia colorante recibe de él su color.

Algunos de estos personales matices, puestos excesivamente de relieve y sacados de su contexto por ciertos devotos del Sagrado Corazón, son los que la hacen para muchos llena de dificultades, e invaden ciertas imágenes en uso. Estas imágenes y sus devotos están en la base de las asociaciones afectivas que hemos descubierto unidas al término «Sagrado Corazón».

La tarea de los apóstoles del Sagrado Corazón tendría que haber sido la de analizar los documentos de los santos favorecidos por el Corazón de Jesús y purificarlos de toda mezcla meramente personal, reteniendo únicamente los elementos esenciales, que deben realizarse en todos los verdaderos devotos. Después, aplicar tales elementos esenciales al carácter de la persona concreta. Tal tarea no es fácil, en modo alguno.

Son, pues, excusables aquellos apóstoles que en su tarea no han alcanzado siempre y en todo el verdadero fin.

En nuestros días Jesucristo ha venido a nuestro encuentro para poner claramente de relieve los *elementos esenciales*: éstos están propuestos en las encíclicas pontificias. No tendríamos excusa si siguiéramos tropezando en las mismas dificultades si no nos esforzamos por librar la devoción de las oscuridades con las que se ha ido mezclando.

Leyendo las encíclicas nos convenceremos de que la devoción al Corazón de Cristo es la quintaesencia de la religión, lo cual supone una vida entera.

CAPITULO III

LA VERDADERA DEVOCION

La verdadera devoción al Corazón de Jesús es una norma directiva de vida, una nueva concepción de la vida, una nueva concepción de la vida y del mundo.

Compromete la vida entera de un católico. Ejercita su influencia sobre ella, mostrando y descubriendo nuevas posibilidades y tendiendo a transformarla, con el tiempo, en un modo nuevo de vivir. Es un modo de concebir la vida que se adapta estupendamente a nuestro tiempo.

La imagen del Sagrado Corazón no es precisamente lo más importante. Lo más importante es el concepto de la vida del catolicismo. Bastaría que, con la gracia divina, comprendiésemos en qué consiste la devoción al Corazón de Cristo y quizás en aquel momento cambiaría a nuestros ojos la entera visión del mundo.

1. Concepción inmanente del mundo

El mundo vive sólo para el propio interés. Está de tal manera prisionero de los pequeños intereses de la vida material, que ni siquiera tiene tiempo de pensar en Dios y de ocuparse de la vida sobrenatural.

Todo lo que sucede durante el día se mira con ojos puramente humanos, siempre y sólo en los límites materiales. Nos preocupa únicamente aquello que puede poner en peligro la vida propia y la propia comodidad.

La búsqueda de una solución a los problemas sociales es considerada como una cuestión económica, y en el fondo es muy frecuente que preocupe a los ricos sólo en cuanto constituye un peligro para la comodidad de su vida, y a los pobres en cuanto toca a su bienestar material. El arte, la música, el deporte: todo se mira bajo la misma luz.

Para convencerse basta dar una ojeada a los diarios.

Se muestra compasión por todo y por todos, pero la compasión de los diarios es efímera, como la curiosidad, y la de los lectores no dura acaso tanto como el diario.

De cuando en cuando, aun en este mundo tan interesado, los hombres se acuerdan de Dios. Quizás van a Misa, por unos instantes viven la vida sobrenatural, pero bien pronto vuelven a la vida humana.

Vivimos demasiado esclavos de nuestros trabajos. Dios está en el Cielo, lejano, muy lejano. Pensamos y recurrimos a El sólo algunas veces para pedirle la salud y el éxito en nuestras cosas.

El mayor peligro del momento presente es la separación entre la religión y la vida. La religión es el pensamiento o en el corazón por algún momento; el resto, para la vida, los negocios, la propia comodidad.

Jesucristo es considerado por la mayor parte de los hombres como un gran hombre, un heroico bienhechor de la humanidad, que existió hace cerca de dos mil años..., pero que ahora está lejos de nosotros.

Respecto al pecado, no tienen los hombres ideas claras. Aun muchos católicos lo consideran frecuentemente sólo como una transgresión de la ley de Dios, considerada, a lo más, al mismo nivel, o tal vez menos, que una transgresión de las leyes del Estado. Es decir, se considera sólo como una desobediencia a una orden que se ha impuesto y nos oprime. Dios queda siempre fuera, demasiado alejado para poder alcanzarlo.

2. La revelación del Corazón de Cristo para mí

En el mundo que acabamos de describir aparece la devoción al Corazón de Cristo como un resplandor que ilumina y nos muestra el profundo significado de las cosas.

De improvviso, el mundo cambia a nuestros ojos. Se percibe que cualquier acción moral tiene un sentido más profundo, que no podemos bromear con nuestra vida de santidad, que estamos unidos a Jesucristo en íntima relación.

Se estaba proyectando un documental. El espectáculo había comenzado ya cuando entré. Se veían las manos de un cirujano moverse, usar el bisturí, las pinzas... Evidentemente, se trataba de una operación. Me senté tranquilamente. Pero, mirando alrededor, noté con asombro que los otros espectadores casi no respiraban de la emoción.

Volví de nuevo a mirar la pantalla y hallé la explicación de todo. La escena, tomada desde un punto más alto, mostraba que el cirujano estaba haciendo una operación de corazón.

También yo desde aquel momento contuve la respiración. Un pensamiento, tal vez idéntico al que hacia estar a todos angustiados, me asaltó: la más pequeña distracción o inadvertencia del cirujano se pagaría con la vida de aquel hombre.

Primero había mirado con indiferencia y frialdad los diversos movimientos de aquel cirujano: eran distintas escenas a las que no había concedido importancia. De pronto, una de ellas me descubrió el significado de toda aquella atención y la importancia de lo que iba desarrollando ante los ojos de los ansiosos espectadores.

El documental prosiguió ilustrando ulteriores detalles técnicos, que he olvidado. Me he quedado, eso sí, impreso para siempre el significado que tenían los movimientos que en un primer momento había mirado con aire indiferente.

En medio de este mundo, cuyas acciones no parecen tener valor alguno, surge ante nosotros un reclamo: *«Todo es una operación en el Corazón de Cristo.»*

Ciertamente, todas las cosas tenían esta transcendencia aun antes de que se me revelase esta devoción, como aquella operación se efectuaba realmente en el corazón, aun antes de haberlo yo advertido. Ahora sé que es una realidad y *para mí* el mundo ha cambiado totalmente de aspecto.

Esta concepción del mundo puede llegar a transformar completamente a un hombre. Es una gracia muy grande que no deberíamos nunca cansarnos de pedir en la oración, gracia que consiste en la revelación del Corazón de Jesús a nosotros, no en una visión sobrenatural, sino en

la íntima convicción de esta profunda realidad. Es una revelación de Jesucristo *a mí*, miembro de su Cuerpo Místico.

Visión igual a la que tuvieron los Apóstoles. Estaban en el Cenáculo a puertas cerradas, así como el mundo está engolfado en el materialismo, y como quizás vivimos nosotros cerrados en una mezquina observancia de las leyes de Dios y de la Iglesia. De improviso, Jesucristo aparece en medio de ellos y con su presencia les dice:

«¿Por qué me habéis olvidado? ¿No sabíais que estoy vivo? ¿Por qué me considerabais muerto? Aún tengo parte en vuestra vida. Estoy vivo: mirad mis manos y mi Corazón.»

Gracia igual a la que tuvo san Pablo en el camino de Damasco. También Pablo tenía ideas cerradas, farisaicas, respecto al mundo gobernado por las Leyes de la Torá. Jesucristo se le aparece, vivo y verdadero, y le hace comprender el profundo significado de su obrar y del mundo entero: «Yo soy aquel Jesus que tú persigues.»

Pidamos a Dios que nos conceda esta gracia.

Rogemos al Corazón de Cristo que se nos muestre así: como una llama de amor que brilla a través de la herida que nuestra ingratitud ha abierto. La luz de esta llama opera en el plano sobrenatural como rayos X. El mundo cambia a nuestros ojos en el momento en que se nos muestran los fines de las cosas y acciones, sea respecto a nosotros, sea, sobre todo, respecto a Jesús.

De esta luz y de esta visión se iniciará un género de vida nuevo para nosotros. En realidad, para el alma en este mundo no existe otra cosa que ella misma y Jesús; las otras almas y todas las demás cosas existentes debe considerarlas únicamente a través de Jesucristo y en cuanto la conduzca a El.

3. Puntos fundamentales de la devoción al Corazón de Jesús

Nos parece que la revelación que se nos hace del Corazón de Cristo y su significado se puede resumir en dos principios, de los que se deriva una norma de acción encerrada en los conceptos de *consagración* y de *reparación* en unión al sacrificio de Cristo.

Expondremos todo esto brevemente para hacer después, en los siguientes capítulos, un análisis más extenso.

Primer principio: Cristo me ama ahora

Devoción al Corazón de Jesús significa dar a Cristo el puesto que le corresponde en el mundo y en nuestra vida. Porque Jesús no puede ser sustituido ni con la figura del mayor santo ni con la misma Virgen Santísima. Cristo continúa reclamando personalmente de nosotros un amor absoluto como lo exigía en su vida.

El catolicismo, tal como nos lo presenta la devoción al Corazón de Jesús, consiste precisamente no sólo en evitar el pecado, sino en un diálogo continuo con una persona viva: Jesucristo, que está muy cerca de nosotros, más cerca de lo que podamos imaginar.

Cuanto más perfecto sea un católico, tanto más profunda será esta actitud de humilde atención a Cristo que le habla constantemente, ya sea directa o indirectamente, por medio de sus representantes.

Este concepto de la vida nos muestra que todo proviene de Jesús que nos ama, en el momento presente. No nos amó solamente en su vida mortal hasta derramar su sangre por nosotros; hoy y ahora piensa continuamente en nosotros, en ti.

La realidad de la gracia es una realidad de hoy y es Jesucristo quien, en cada momento, escoge y envía las gracias que cada uno de nosotros recibe.

Segundo principio: Jesucristo goza y sufre ahora

Nuestras acciones son o un gozo o una verdadera herida para el Corazón de Cristo. No sólo porque en su vida mortal El las vio todas y fueron para El causa de alegría o dolor, sino porque también actualmente Jesucristo las siente.

Ahora Jesús no puede sufrir más en su cuerpo físico, puede en cambio alegrarse y gozar. Toda buena acción le proporciona un placer. Se alegra al verme entrar en una iglesia como haría un amigo a quien fuera a visitar.

Por el contrario, nuestros pecados, aunque no pueden causar en El dolor físico, dado que por su glorificación es imposible, son, con todo, objeto de su íntima compasión; es una verdadera herida y, por eso, causa de sufrimiento para su Cuerpo Místico.

Nosotros, que pertenecemos a la Iglesia católica, somos una sola cosa, y las acciones de cada uno influyen en todo el Cuerpo Místico. Dios ha querido que de nuestra perfección dependiese la salvación de muchas almas.

El pecador ha perdido todo derecho a la vida sobrenatural, y ni siquiera tiene la posibilidad de concebir un deseo eficaz de verse libre del pecado. Tal deseo es fruto, en realidad, de la misericordia divina, y Dios puede hacer depender la adquisición de esta gracia de nuestras oraciones y buenas obras.

Dios nos envía a su Iglesia muchas gracias porque nuestros pecados realmente se lo impiden. El Cuerpo Místico sufre realmente por los pecados de cada uno de nosotros. La aparición en el camino de Damasco no era un mero símbolo.

El Corazón de Cristo herido nos muestra este verdadero sufrimiento. No sólo los dolores que padeció durante su vida en la tierra, sino los dolores actuales de su Cuerpo Místico, y sufrimientos de sus miembros.

A la luz de estos conceptos podemos ver mejor ahora cuál deberá ser nuestro modo de corresponder.

4. Nuestra respuesta a estos principios

Iluminadas por el Corazón de Cristo todas las cosas, sean más o menos agradables, se nos muestran en último análisis como procedentes siempre del amor de Cristo. Toda acción humana se nos muestra como índice del estado de nuestras relaciones con Cristo: respuesta negativa o positiva en nuestro coloquio con el Hijo de Dios.

Debemos conservar esta convicción cada día y vivir de esta visión. Así las noticias que traen los diarios nos aparecerán bajo luz bien distinta. ¡Cuánto sufrimiento en el Cuerpo Místico!

Leyendo, por ejemplo, que hay una guerra y que un país ha sido destruido, espontáneamente surgirá el pensamiento de Jesús, viviente en nuestros hermanos, que está sepultado con ello bajo los escombros.

Si estuviéramos nosotros verdaderamente convencidos de esto, si tuviéramos este gran amor a Jesucristo, nos sería casi imposible olvidarlo. No seríamos capaces de pasar ante una iglesia y no entrar a saludarle, como, por otra parte, consideraríamos psicológicamente imposible comportarnos así con nuestro hermano.

Cuando hayamos encontrado el valor de todas las cosas de este mundo habremos comprendido sobre todo el valor de nuestra existencia. Entonces nos parecerá, como es en realidad, que el motivo de nuestras acciones es dar una respuesta positiva a Jesucristo, proporcionándole así una alegría nueva.

5. Consagración y reparación

Pertenece al Señor: «Sea que vivimos, sea que muramos, somos del Señor» (Rom 14,8).

Convencidos de esto, debemos ofrecernos al Señor: «Toma y recibe mis acciones y mi persona; dispón de todo mi ser para tu gloria.» Realizaremos así nuestra consagración como la cosa más natural.

Nos será más fácil, psicológicamente, evitar el pecado que puede ofenderle, llegando así a vivir la *reparación negativa*. Nos sentiremos movidos a amar a Cristo y a servirle de modo que compensemos el olvido de tantos hombres, realizando así la *reparación afectiva*. Sabremos dar un sentido a nuestras dificultades y sufrimientos ofreciéndolos a Cristo en reparación de nuestros pecados y de los de todos los hombres, actuando así el espíritu de *reparación afflictiva*, en unión al sacrificio de Cristo en la Cruz que se renueva cotidianamente sobre los altares.

La Consagración asume así un aspecto de reparación y la reparación, compenetrándonos cada vez más con Jesucristo, completa y perfecciona nuestra misma consagración.

Por nuestra unión con Cristo, El vive en nosotros y nosotros somos sus imágenes en el mundo, el testimonio de su presencia en la Iglesia. Después de habernos ofrecido con Cristo en la Misa, y habernos unido a su Sacrificio, viene a nosotros en la Comunión, para transformarnos a Él.

Este es el fin de nuestra íntima relación Cristo: transformarnos en El para ser siempre más y siempre mejor sus representantes visibles.

Nuestra transformación en Jesucristo debe, en efecto, reflejarse en nuestras acciones exteriores. Nuestra vida debe ser una revelación visible que indique a los hombres el valor de las cosas y del mundo entero. Los hombres deben finalmente darse cuenta de que Jesucristo vive aún, y más exactamente de que nosotros estamos en verdad muertos a nosotros mismos y al mundo de la corrupción, a fin de que Cristo viva en nosotros.

Hemos expuesto brevemente la devoción al Corazón de Jesús. Está compuesta de varios grados y entre ellos los últimos, y más perfectos, pueden ser para los grandes místicos.

Admiremos la riqueza de esta devoción para saber luego distinguir entre los ejercicios piadosos y las plegarias usuales, cuya necesidad y utilidad no se puede negar, pero que no son, evidentemente, «la devoción» al Corazón de Cristo.

Roguemos con fervor a Dios, Padre nuestro y Padre de Cristo, que se digne concedernos la gracia de tener una revelación personal de Corazón de Jesús, en el sentido arriba explicado, de modo que sepamos realizar en nuestra vida una devoción real, como es querida por el Padre y amada por el Corazón del Hijo.

«Nadie conoce al Hijo fuera del Padre» (Mt 11,27). Pidámosle que nos comunique este conocimiento, con las palabras del Espíritu Santo inspiradas en san Pablo: «Doblo las rodillas ante el Padre del Señor nuestro Jesucristo... a fin de que permanezca en vuestros corazones por medio de la fe... radicados y fundados en el Amor» (Ef 3,14).

CAPITULO IV

JESUCRISTO ME AMA AHORA

Es demasiado breve una vida para conocer el misterio de Jesús: Dios Hombre. El Verbo eterno consustancial al Padre, de quien recibe idéntica naturaleza, se hace hombre... Un ser humano, que recorre inadvertido la Galilea, está al mismo tiempo unido a la divinidad.

¿Quién de nosotros puede, tan sólo, deshojar el misterio? Esta Persona posee todos los atributos divinos: omnipotencia, sabiduría, bondad, misericordia, justicia... Sostiene el mundo en sus manos y al mismo tiempo se sienta en el brocal de un pozo porque está «cansado» (Jn 4,6). Verdadero Dios y verdadero Hombre.

Sería demasiado largo esbozar aquí un retrato de Jesucristo. Tomemos los Evangelios: «lo mejor que se ha escrito sobre Jesús»... Pero si es bastante fácil llegar a un conocimiento intelectual de Cristo, más difícil es poseer esa comprensión hecha de admiración y de amor, que nos introduce en las filas de sus seguidores.

No basta, sin embargo, sentir admiración hacia El, es preciso dar un paso más. Es hermoso que un hombre comience interesarse por Jesucristo; mejor aún, que vea en El al mayor personaje de la Historia de la humanidad; si además llega a ver en El al Hombre Dios, ha penetrado ya en la verdad; le falta aún una cosa: comprender este Hombre Dios es *su amigo*.

En otras palabras: si considerando la vida del Señor y su grandeza llegamos a sentir admiración hacia El, debemos, como Zaqueo, saber descubrir a Jesús que entre la multitud viene hacia nosotros, nos llama por nuestro nombre y busca con insistencia nuestra amistad: «Zaqueo, baja pronto, porque hoy –cada día- debo detenerme en tu casa» (Lc 19,5)

Y esto no es un sueño, sino una auténtica realidad, porque Jesucristo me ama ahora más que cuanto yo me amo a mí mismo, y tal como soy: lleno de miserias.

1. Jesucristo me amó en su vida mortal

Jesús, desde su concepción, poseía en su naturaleza humana la visión beatífica. Esto es verdad cierta. Ahora bien, en esta visión El nos ha visto con todos nuestros pensamientos.

Por lo cual, cuando nuestra imaginación reconstruye los hechos de la vida de Jesús, podemos con verdad vernos entre los espectadores. La mirada de Cristo, fuera de los límites del espacio y del tiempo, veía nuestra real existencia, nuestra correspondencia, nuestras reacciones, los afectos y deseos que experimentaríamos al meditar su vida.

En verdad nos tenía ante sí cuando, orando, dijo: «No ruego solamente por ellos, sino por todos aquellos que por su palabra creerán en Mí» (Jn 17,20)

Cada uno de nosotros puede, pues, decir: Jesús pensaba continuamente en mí; el fin explícito de su vida fue instrucción, mi redención.

El ha instituido la Iglesia y todos los elementos que la componen, por mí en particular, por amor mío, y pensando expresamente en mí, así como me ha dado también a su Santísima Madre, diciendo: «Aquí tienes a tu Madre.»

Otro tanto debo pensar del Papa, de los sacramentos... casi como si yo solo debiera aprovecharme de ellos.

2. Jesús me ama ahora

El fin de los sacramentos y de la Iglesia es comunicarnos y desarrollar en nosotros la vida de la gracia, nuestra unión con Jesucristo. El da realmente sus dones (la Iglesia, etc.) para podernos darse a Sí mismo, en la más íntima unión que podamos imaginar.

«Jesucristo es nuestra vida» (Col 3,4) no sólo a modo de un legislador en la comunidad que gobierna, siendo en sentido mucho más verdadero.

En el Bautismo hemos sido engendrados por Cristo, «nacidos de Dios» (1 Jn 5,1). Y «generación» equivalente a producción de un ser vivo por otro viviente unido a él por la misma naturaleza. El hijo se parece al padre. Igualmente sucede en la vida sobrenatural.

Jesucristo imprime en nosotros en el Bautismo una «marca», un «carácter»: una « semejanza con El ». Semejanza fundamental y radical que halla su perfección en la vida de la gracia. No son nuestras acciones las que, en primer lugar, nos hacen semejantes a Cristo, sino que, precisamente porque nos asemejamos a Cristo, debemos imitarle, vivir como reclama nuestra condición.

Exigencia ésta de nuestro mismo ser, que tiende siempre a expresarse y desenvolverse según su naturaleza.

Nuestro actuar como hijos de Dios no es como una representación teatral, en la que debemos hacer el papel de rey, que en realidad no somos. En nuestro caso hemos sido hechos reyes y, en consecuencia, como tales debemos obrar.

No se trata empero de convertirse en rey a la manera de este mundo, lo cual no implica mudanza en la naturaleza humana. Ser hijos de Dios eleva verdaderamente la naturaleza humana, perfeccionándola mucho más de lo que ella podría hacerlo sola, con cualquier virtud y ascesis puramente naturales.

No somos solamente *semejantes* a Cristo, sino que *Cristo es nuestra vida*:

«Examinaos a vosotros mismos para ver si estáis en la fe, haced examen de todo lo vuestro. ¿No reconocéis que Jesucristo está en vosotros mismos? A menos que no estéis justamente probados» (2 Cor 13,5). Nuestra vida es una participación de la misma vida de Cristo: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos». «Sin Mí nada podéis hacer» (Jn 15,5). «Ya nos soy yo el que vivo, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20). «Porque vosotros estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (Col 3,3). «Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo, Jesucristo» (1 Jn 1,3)

Esta unión con Cristo nos sostiene en gracia, incluso la acrecienta y nos hace más semejantes a El: «Hijitos míos, que llevo en mi seno, hasta que en vosotros no se haya formado Cristo» (Gál 4, 19), «hasta que no lleguemos todos a la medida de la edad plena de Cristo» (Ef 4, 13).

Unión transformadora que se extiende no sólo al alma, sino también al cuerpo: «Vosotros sois templo del Dios vivo» (2 Cor 6,16). «¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que se os ha dado de Dios, y que no pertenecéis a vosotros mismos?...» «Glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo» (1 Cor 6,19 y 20)

Nuestro cuerpo, consagrado y ungido primeramente en el Bautismo y luego en la Confirmación, se ha convertido en templo del Espíritu Santo, y por eso es, él mismo, santo.

Queriendo usar de un ejemplo atrevido: el cuerpo de un cristiano se diferencia del de un pagano, de modo análogo a como una Hostia consagrada difiere de una no consagrada. En los dos casos el ojo humano no percibe diferencia alguna, pero en realidad ésta existe.

Justamente porque nuestro cuerpo es santo, con el resucitaremos gloriosos y con él ascenderemos con Cristo. Esto ya ha ocurrido con nuestra Madre asunta al Cielo.

Cuando los hombres han enterrado a otro hombre, después de algún tiempo no se preocupan lo más mínimo de su cuerpo. Sólo Jesús, ardientemente desea la glorificar a sus miembros, piensa aún en nuestro cuerpo: «A fin de que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal» (2 Cor 4,2)

Para conservar y aumentar esta unión y semejanza con El, que alcanza al cuerpo mismo, Jesucristo nos da el alimento de su Cuerpo y su Sangre: «Como el Padre vivo me envió, y Yo vivo por el Padre, así quien come de Mí vivirá por Mí» (Jn 6,58).

Cristo no organizó su Iglesia en términos generales. No murió e instituyó los Sacramentos para una masa ignorada, diciendo: «Exista un Bautismo que como una máquina produzca hijos de Dios que se unan a Mí.» No nos ha olvidado al subir su Cuerpo resucitado a la gloria del Padre. Sería absurdo pensarlo, sería una casi total ignorancia de la vida sobrenatural. Esta es, en efecto, una relación entre personas inteligentes y amantes.

Jesucristo realiza conscientemente su unión con cada hombre en gracia de Dios. Su naturaleza humana experimenta el gozo y la emoción de *una nueva amistad*. Conciencia y amor que subsisten en cada momento de unión con nosotros y acompañan uno a uno los favores que El nos hace.

Tiene conciencia de su vida y de la que da a los demás. No nos es lícito pensar lo que pensaba la hemorroísa cuando buscaba robarle un milagro...

3. Todo nos viene del amor de Jesús

Las circunstancias varias en las cuales se mueve nuestra vida no se debe al acaso: Dios las quiere para nuestra santificación. Son una ayuda para obtener las gracias que nos mereció Jesucristo y provienen del amor personal de Cristo a nosotros. Para El no existe la masa: nos conoce personalmente y en nuestra santidad individual.

Esto es verdad, sea cuando se trata de circunstancias naturales agradables: alegrías familiares, éxitos profesionales..., sea cuando se trata de gracias espirituales: fervor y gracias en la oración..., incluso en las cruces y dificultades que se nos presentan.

Todo lo que nos sucede es un don de las manos traspasadas de Jesús, que mide todo sobre las llagas de su amor, dándonos solo aquello que ve es lo mejor para nosotros, junto con las gracias necesarias para soportarlo. Es evidente que no halla gusto en vernos sufrir, y no permitirá que derramemos lágrimas sin motivo.

Cuando nos manda dificultades. El nos ama aún más, porque entonces El mismo experimenta la pena de vernos sufrir. Y lo hace solamente porque está seguro de que aquellas dificultades son un bien para nosotros en aquel momento.

La delicadeza del amor de Cristo no ha estado lejos de nosotros ni siquiera mientras pecábamos. En aquel mismo instante El se ocupaba de nosotros: para no dejarnos caer más abajo, para detenernos a tiempo y conservar la posibilidad de amarle más perfectamente durante toda la vida. Esta es la realidad.

Todas las gracias actuales que Jesús distribuye en cada momento las distribuye con plena conciencia de lo que hace. «Sin Mí, nada podéis hacer», dijo Jesús. Por lo tanto, cada uno de nosotros depende de El, como la Iglesia toda.

Tal dependencia en Cristo, consciente y amorosa, reclama que vivamos para El, sólo para El, en la medida de las gracias que nos han concedido: «Según la medida del don de Cristo» (Ef 4,7).

Debemos pedir la gracia de sentir en lo íntimo del alma esta verdad, a la luz de la fe, a fin de que sea para nosotros una norma de vida. Ver a Jesucristo en sus dones, que no son más que su presencia en nosotros y una participación de sus perfecciones.

De esta manera, aun los más grandes dolores que debamos soportar se transformaran a nuestros ojos en una misteriosa señal del amor de Cristo.

Rafael Reyes era profesor de un seminario. Siendo aún joven quedó ciego y así no pudo ser ordenado sacerdote. Si en el mundo hay pruebas duras, entre ellas no es la más pequeña quedar ciego y tener que renunciar al sacerdocio para quien ha recibido y abrazado la vocación. Pero Rafael Reyes, que vivía fuertemente la realidad de su íntimo dialogo con Cristo, escribió en aquella ocasión una maravillosa poesía. Decía ella:

«Cuando era niño mi madre tenía la costumbre de acercarse a escondidas, ponerme las manos en los ojos y preguntarme: «¿Quién soy?» Yo, que la reconocía, respondía abrazándola: «¡Eres mi madre!» Ahora soy ya mayor y has venido Tú, Dios mío, y me has puesto las manos en los ojos, preguntando: «¿Quién soy?» Yo reconozco tu voz y tus manos y contesto: «¡Eres mi Padre!» Y mi deseo es que Tú retires tus manos, para que yo pueda contemplar tu rostro y abrazarte por toda la eternidad.»

Así debíamos decir también nosotros durante nuestra vida, especialmente en los días de oscuridad interior, de angustia, de cruz. «Eres Tú, Jesús, mi amigo. Sólo deseo ver tu rostro, Véante mis ojos, dulce Jesús bueno...»

Y cuando las tinieblas se tornen más intensas y no sepamos guiar nuestra alma, con mayor confianza debemos echarnos en sus brazos suplicándole: «Guíame Tú, Señor. Yo no veo ya y la noche avanza Dios mío... Tú sólo eres Luz»

4. Jesús me ama tal como soy ahora

Nosotros somos el resultado de toda nuestra vida y de todo nuestro pasado, de nuestras cualidades y defectos, de nuestro carácter, de nuestras infidelidades y pecados pretéritos.

Jesús no ama nuestro «yo» ideal, sino su real actuación: «El sabía lo que había en el hombre» (Jn 2,25)

Quizás no estamos satisfechos de nosotros mismos porque nos vemos demasiado por debajo de lo que nuestro orgullo soñaba. Quizás por eso queremos disimularnos a nosotros mismos lo que somos, cuando nos ponemos en oración, como si en realidad no continuásemos siempre siendo aquellos hombre débiles y pecadores...

Quizás el recuerdo de nuestras infidelidades nos turba y constituye para nosotros un tormento: «¿Por qué he cometido tantos pecados y tan graves?»

Pero, atención, no siempre esta pregunta nace en nosotros del amor a Cristo; también el amor propio y el orgullo pueden producir semejante fruto. Y si queremos la prueba, preguntémosnos: los pecados de los demás, ¿producen en nosotros un dolor igual? ¿Y no son acaso también ofensa a Cristo?

El recuerdo del pasado constituye con frecuencia para muchos un problema psicológico. No porque duden de haber sido perdonados, sino por el pensamiento de tantas ocasiones en las cuales no han sido fieles a Cristo. Así, el pasado infiel, es para algunos un peso muerto que arrastran toda la vida.

Pero no debemos preocuparnos. Cristo nos ama así como somos, con nuestro pasado. La mayor prueba de amor hacia El es confiar en El, aceptar la vida pasada tal como ha sido y estarle verdaderamente agradecidos por haber permitido aquellos pecados que ahora son la base de nuestra humildad.

No debemos turbarnos por nuestros pecados pasados. Debemos detestarlos y preferir la muerte antes que cometer otros.

Pero debemos agradecer a Jesús que los ha permitido. Nadie puede querer servir a Cristo sólo con la condición de que El haga de nosotros una obra maestra de justicia, donde resplandezca sólo la inocencia. Debemos estar contentos de que El haga de nosotros una obra maestra de su misericordia.

La vida espiritual no es como una combinación de trenes en la que, perdido uno, ha terminado todo el viaje.

La vida espiritual puede ser más justamente parangonada con una excursión a la montaña. Perdido el camino una vez, y fracasado el primer proyecto, no por eso se debe renunciar. Basta

ponerse en manos de un guía. Es fácil que él nos conduzca a una excursión mejor que la que habíamos proyectado.

Fíate de Jesucristo, que tiene sus designios sobre ti. No te turbe el pasado: El te ama ahora

Confía tu pasado a la Misericordia, el futuro a la Providencia y vive el presente amando. «Yo conozco a mis ovejas...nadie las arrancará de mis manos» (Jn 10,28).

Acepta tu vida pasada y abandónate en las manos de Jesús. No hay en el Evangelio un solo pasaje en el que Jesucristo eche un cara un pecado a aquellos a quienes ha perdonado. Un pecado llorado puede dar más gloria a Dios que un acto virtuoso del cual nos vanagloriamos.

Pensar continuamente en el pasado y ocuparse siempre de él significa tener un concepto erróneo del amor de Jesús. ¿No nos desagradaría acaso que una persona querida volviese siempre a recordarnos un dolor que nos causó una vez?

CAPITULO V

¿JESCURISTO SUFRE AHORA?

No tiempo llegar a comprender el alcance del pecado y adquirir su exacto conocimiento. Sin embargo, es cosa importantísima para nuestro tiempo, que ha perdido el sentido de su gravedad.

En muchos pecadores, que no obstante reconocen sus malas costumbres, y en muchas almas que viven con poquísimo cuidado de la religión, se encuentra una indefinida actitud interior que puede traducirse así: «Si hubiere conservado mi inocencia, me esforzaría en conservarla todavía; pero desde el momento en que la he perdido, ¿por qué debo esforzarme?»

Tal expresión es solamente posible cuando se tiene del pecado un concepto humano.

Si, además, queremos traducir tal expresión en términos de la devoción al Corazón de Cristo, se nota cuánto de diabólico se esconde en semejante idea. Equivale, en realidad, a esta otra: «Si no hubiese flagelado a Jesucristo, haría todo lo posible para no flagelarlo jamás: pero, puesto que una vez lo he herido continuaré haciéndolo.»

Muchas dificultades y turbaciones en la vida del alma son frecuentemente provocadas por una idea incompleta del pecado, como si éste fuese *solamente* un desorden moral, una culpa jurídica, o una falta a un punto de honor.

1. El pecado en relación con la naturaleza física de Cristo

La devoción al Corazón de Jesús enseña a considerar el pecado en sus consecuencias. Observando una imagen del Sagrado Corazón aparecen claramente los efectos del pecado: las espinas, la cruz, la herida de la lanza..., aunque no aparezca allí las causas de estas heridas. Esto no tiene importancia. En realidad, aquellas heridas existen y son efecto del pecado de quien quiera que sea.

En realidad, nuestros pecados son la causa de los dolores físicos de Jesús, de su cruz. El tomó sobre sí nuestros pecados, sabiendo bien que eran nuestros, de cada uno de nosotros. Cada uno puede, pues, decir: si hubiera pecado menos, Jesús habría sufrido menos.

Nuestros pecados son el sufrimiento más terrible que padeció su Corazón. Un Corazón tan sensible debe haber sufrido inmensamente por nuestra ingratitud, El, que se lamentó de la ingratitud de los nueve leprosos...

Cada uno de nuestros pecados es una ingratitud contra Dios, nuestro Creador, Redentor y amigo sacrificado por nosotros: «Recrucificando ellos por cuenta propia al Hijo de Dios» (Heb 6,6)

Evitaremos, por eso, cometer pecados y procuraremos que Cristo no sea ofendido.

Quien considera el pecado bajo este aspecto, si antes tenía el valor de pedir al Señor la muerte antes que cometer un pecado mortal, acaso sentirá ahora la aspiración de ofrecer la propia vida al Señor para evitar aun un solo pecado mortal de cualquier alma.

Nuestros esfuerzos por seguir a Jesús dan consuelo a su Corazón en la Pasión: viendo nuestro arrepentimiento, nuestra buena voluntad de ayudarlo y consolarle, se alegrará de ello.

«Con tanta mayor verdad las almas piadosas meditan esto en cuanto que los pecados y delitos de los hombres, en cualquier tiempo cometidos, fueron la causa por la cual el Hijo de Dios se entregó a la muerte; también ahora ellos, de por sí, ocasionarían a Cristo la muerte, acompañada de los mismos dolores y de las mismas angustias, ya que se considera que cada pecado renueva en cierta manera la Pasión del Señor: “De nuevo, en toda su extensión, crucifican al Hijo de Dios exponiéndolo al ludibrio” (Heb 6,6).

»Si aun a causa de nuestros pecados futuros, pero previstos, el alma de Jesús se entristeció hasta la muerte, no hay duda de que algún consuelo tendría ya entonces en previsión de nuestra reparación cuando se le apareció “el ángel del cielo” para consolar su Corazón oprimido por la tristeza y angustia.

»Y así también ahora en modo admirable, pero verdadero, nosotros podemos y debemos consolar a aquel Corazón Sacratísimo que está continuamente herido por los pecados de los hombres inconscientes...» (encíclica *Miserentissimus*).

2. El pecado y la gloriosa humanidad de Cristo

¿Sufre Cristo ahora? Ciertamente no es su Cuerpo glorificado. «Cristo, una vez resucitado de la muerte, no morirá más, no teniendo la muerte ya algún dominio sobre El» (Romanos 6,9).

El Cuerpo glorioso de Cristo no puede morir, y sufrimiento físico, herida, enfermedad, son, en el lenguaje de la Escritura, muerte inicial; por lo tanto, El no puede ser herido ni probar el dolor.

En su alma, posee Jesús la visión beatífica y por ella alcanza la plenitud de la felicidad. Pero esto no resuelve aún la cuestión.

También cuando aún estaba Jesús en el mundo poseía su alma la visión beatífica y consecuentemente también la felicidad. Pero la visión beatífica no impedía que Jesús sufriese físicamente en su Cuerpo, y que moralmente sintiese compasión en su alma, a la vista de las ofensas que recibía el Padre y de los males morales que afligían a los hombres: «Tengo piedad de esta multitud» (Mt 8,2). «Viendo a la multitud tuvo piedad, porque estaban cansados y abatidos como ovejas sin pastor» (Mt 9,36).

Este sentimiento positivo de compasión, expresado en estos textos, no estaba exclusivamente condicionado a la posibilidad del cuerpo, procedía directamente en su alma de la intuitiva visión de la realidad dolorosa.

En su actual estado glorioso, Cristo no «sufre», pero podemos admitir que *siente compasión* en su alma. No es indiferente a las ofensas hechas al Padre, ni al mal moral de sus miembros sobre la tierra, ni aun a sus dolores físicos.

La Carta a los Hebreos se refiere al estado actual de Cristo cuando dijo: «No es tal nuestro Pontífice que sea incapaz de compadecerse de nuestras miserias» (Heb 4,15).

Podríamos con un ejemplo humano tratar de explicar el sentimiento de compasión de Jesús.

Una madre que es feliz y está en perfecta salud, al tener noticia de que su hijo ha sido trasladado a una clínica, gravemente enfermo, no puede menos que sentir compasión por la enfermedad y sufrimiento del hijo: aunque en este caso la compasión va unida al dolor. En Jesús, por el contrario, no.

Esta afirmación no parece contraria a ninguna definición eclesiástica, ni incompatible con la actual felicidad de los bienaventurados del cielo.

Se puede decir lo contrario. En cierto sentido, *supuesta la actual existencia de las ofensas al Padre y los sufrimientos de sus miembros en la tierra*, podemos decir que este sentimiento de compasión es elemento de su felicidad.

Igualmente sucede con una madre: *supuesta la enfermedad del hijo*, la mayor pena sería no poder compadecerle. Ciertamente sería más feliz si el hijo no estuviera gravemente enfermo (como Jesús lo será cuando no haya más pecados), pero, *supuesta la enfermedad*, es más feliz en poder compadecerlo. Porque en último análisis, en la compasión hay una fruición del amor.

Y es verdad que la compasión se ejercita de modo perfecto cuando no tiene mezcla de imperfección o de dolor que turbe la serenidad del espíritu bienaventurado, aunque se trate de un sentimiento más profundo que el más ardiente celo de los santos, más profundo que el que ardía en san Pablo cuando exclamaba: «¿Quién se escandaliza que yo no me abrase?»

Acerca del misterio de esta honda compasión junto con una paz profunda y sin dolor, nos dan algunas ilustraciones las doctrinas de los autores místicos.

3. El pecado en relación con el Cuerpo Místico

Si Jesucristo no sufriese ahora en manera alguna, ¿qué significarían entonces las espinas que rodean su Corazón? ¿Sería quizás un puro símbolo las palabras del Señor: «Yo soy aquel Jesús a quien tú persigues?»

Hemos dicho que Jesús no sufre en su Cuerpo físico, aunque siente compasión en su alma, pero *sufre* en su Cuerpo Místico.

Nuestros pecados son un mal ejemplo. Si no nos portamos como debemos, somos causa de la falta de reconocimiento de Jesús en su Iglesia e impedimos que la verdadera Iglesia aparezca en toda la santidad en que está constituida.

«Señor, te pido perdón de haber sido, con mi mal ejemplo, la causa por la cual muchos no han reconocido a tu Iglesia.» Así rogaban setenta mil personas del Katholikentag de Berlín.

Pero hay más todavía: los pecados de los católicos, aun los más ocultos, causan una verdadera herida en el Cuerpo Místico. Jesucristo viene a ser como un leproso en su Cuerpo Místico. De nosotros depende ayudarlo o continuar flagelándolo.

Jesucristo sufre, pues, actualmente, porque el Cuerpo Místico es una realidad. Por eso mis pecados no destruyen solamente la gracia en mí, sino que amenazan también la de otras almas. Están, en realidad, privadas de la mutua ayuda que nuestra generosidad aporta a todo miembro del Cuerpo Místico. Esta privación constituye ya en sí una herida y puede ser, además, ocasión de la falta de generosidad en otros.

Así aparece claramente de cuántas heridas del Cuerpo Místico nos hemos hecho responsables, en cierto sentido, con nuestros pecados.

Los pecados de los otros católicos y no deben dejarnos indiferentes. Son heridas al Cuerpo Místico, y nosotros, como miembros vivos, no podemos dejar de sentir las, así como sucede con los miembros diferentes de nuestro cuerpo físico.

Deben interesarnos los pecados de los católicos y deben herirnos de cerca, así como se sentía herida la madre de un físico, la cual, al médico que buscaba la causa de su progresivo agotamiento, respondía: «¿Qué me duele?...¡Los pulmones de mi hijo!..»

Grandeza de una realidad sobrenatural. «La pasión expiatoria de Cristo se renueva y en cierta manera se complementa y continua en el Cuerpo Místico que es la Iglesia» (Pío XII).

«Cristo sufrió cuanto debía sufrir; no falta nada a la medida de su Pasión, en la Cabeza; faltaban aún los dolores de Cristo en el Cuerpo» (san Agustín).

Ya había Jesús manifestado esto cuando, apareciendo a Saulo, que respiraba odio a muerte contra los cristianos, dijo: «¡Yo soy aquel Jesús que tú persigues!» Así indicó que perseguir a la Iglesia es impugnar a su misma Cabeza.

Por esto es justo que Jesucristo, mientras continúa sufriendo en su Cuerpo Místico, nos tenga como socios en la expiación.

Debemos sentir profundamente esta íntima unidad. Sentir como cosa propia lo que se relaciona con la salud de todo el Cuerpo es señal de salud espiritual.

San Agustín, comentando las palabras del Señor: «Permaneced en Mí y Yo en vosotros» (Jn 15,4), dice: «Permaneced en El si somos sus templos; permanecerá El en nosotros si somos sus miembros vivos»; miembros, esto es, sensibles a las heridas y a las enfermedades del Cuerpo Místico.

Esta sensibilidad presupone una vida interior suficientemente desarrollada.

Debemos pedir la gracia para poder olvidar nuestras dificultades y penas y para poder al mismo tiempo sentir profundamente el dolor, con Cristo doloroso; el abatimiento con Cristo que sufre; íntimo dolor por el terrible sufrimiento que Cristo soporta por mí en su Cuerpo Místico.

En fin, debemos sufrir no sólo por los dolores que Cristo padeció por nosotros hace dos mil años, sino también por aquellos que El soporta en el presente. El sufrimiento de Cristo sea también el nuestro, y nuestro deseo sea el de aligerar su pena, curar sus heridas, consolarle lo más posible, por todo lo que es ofendido.

4. Los pecados de “mis almas”

Considerarse inocente, purificado, tener compasión de los pecadores y limitarse a ofrecer plegarias y sacrificios para que todos aquellos obtengan de Dios el perdón no es actitud plenamente católica.

Tanto menos obraría en católico quien trazase una línea de división entre sí y los pecadores, aunque se interesase por ellos, en cuanto son causa de las heridas al Cuerpo Místico.

Quien tuviese semejante idea del orden sobrenatural en que vivimos hallará difícil comprender la reparación en su verdadero sentido. Se preguntará, en efecto: «Si puedo curar las heridas del Cuerpo Místico con mi apostolado, con buenas obras de toda clase, ¿por qué debo hacerlo precisamente por medio del dolor y del sufrimiento? Si soy inocente, ¿por qué sufrir?»

Esta pregunta se hace más acuciante en el misterio de la Cruz de Cristo. ¿Por qué El aceptó sufrir tanto si un acto de su amor hubiera sido suficiente para merecernos la gracia y el perdón?

La reparación tiene doble sentido: uno más amplio que corresponde genéricamente a «consolación» y otro más preciso que indica «expiación».

Reparación, en cuanto a *consolación*, exige la necesidad de padecer un sufrimiento. Tratándose de nuestros pecados personales, no basta honrar y amar a Dios, debemos también ofrecerle una satisfacción –expiación– por nuestros pecados. Y, para los pecados ajenos, vale el mismo principio.

Esto ha sucedido concretamente en la santificación que Jesús quiso ofrecer por nosotros. Estamos ante uno de los mayores y fundamentales misterios del orden sobrenatural: Jesucristo satisfizo por nuestros pecados.

Quizás pensamos que para merecernos la gracia del perdón hubiese bastado un solo acto suyo de amor; que no era necesaria la Encarnación; que hubiera sido suficiente que tomase la naturaleza angélica para realizar acciones infinitamente meritorias y obtenernos también la gracia del perdón.

Mas hasta qué punto esta hipótesis sea contraria al pensamiento de san Pablo aparece en sus constantes afirmaciones sobre Jesús, hecho a nuestra semejanza, uno de nosotros, para realizar su plan: «Nacido de mujer, nacido bajo la Ley para rescatar a aquellos que estaban bajo la Ley» (Gál 4,4-5).

Siendo *realmente* El nuestra Cabeza, nuestros pecados se convertían en cierto sentido en suyos, y su reparación era nuestra.

No se trataba de metáfora jurídica, en el sentido que el Padre actuara *como si* Jesús hubiera cargado con nuestros pecados. Esto no justificaría su divina acción. En realidad, la divina justicia, como condición necesaria para que la misericordia perdonase, exigía la pasión y la muerte de Jesucristo.

Habituados a considerar la misericordia divina sólo con nuestros conceptos, nos inclinamos a creer que Dios, en su misericordia, podría perdonar todos los pecados de la humanidad sin necesidad de una estricta reparación; por esto, acaso, no es del todo exacto.

Como es absurdo considerar lo que puede hacer la Omnipotencia divina, prescindiendo de la ordenada Bondad, igualmente es también absurdo considerar que puede hacer la Misericordia sin tener en cuenta la Justicia. Esta última es, en efecto, un atributo divino no menos verdadero que la Misericordia, y ella exige la reparación.

Tal vez podamos aclarar la cosa con un ejemplo.

Supongamos ser amigos de una alta personalidad, la cual, en una ocasión, es injuriada por un súbdito. Ciertamente nuestras muestras de amistad y reverencia podrán consolarle de la injuria, podrán acaso hacérsela olvidar, pero esto no constituye una *reparación* de la injuria.

Podría existir verdadera reparación si entre nosotros y el súbdito ofensor hubiera tal unión que, sin dejar de ser amigos de aquella persona, la ofensa del súbdito se pudiera considerar como nuestra y, en consecuencia, nuestra santificación, acompañada de la posible reparación del mismo súbdito, pudiese considerarse como reparación suya. En este caso la satisfacción no podría consistir en un simple acto de amistad, sino que debería ser un acto de estricta reparación de los derechos lesionados.

No es fácil decir en qué consiste la unión, base de la santificación. Una unión tal existe realmente entre Jesús y los hombres, entre María, Medianera de todos, y los hombres, sus hijos.

No parece que se pueda afirmar esta misma unión, en el mismo grado, entre cualquiera de nosotros y la humanidad *toda*. Pero existe una real solidaridad sobrenatural de este tipo con algunos miembros de la Iglesia.

A las almas que están unidos a nosotros más de cerca (no en sentido espacial o material) y a aquellas que -si bien actualmente no forman parte de la Iglesia- pueden con nuestra contribución aumentar al Cuerpo Místico de Cristo, cualquiera de nosotros podría darles el nombre de «mis almas».

Es el campo de nuestra acción conservadora y acrecentadora en cuanto a miembros del Cuerpo Místico.

En consecuencia, los pecados de estas almas son *verdaderamente* nuestros, no en el sentido de que sean nuestros pecados *personales*, causa de condenación o castigo para nosotros. Pero nuestro, porque *nos atañen en modo especial*.

Así, si nosotros sufrimos por ellos, y nos unimos a la reparación que, por cuanto insuficiente, los pecadores ofrecen personalmente, podemos en verdad satisfacer por ellos.

Al considerar estos pecados podremos con más verdad decir: «Señor, perdónanos», como -siempre en plural- nos hace orar la Iglesia.

Podremos reparar con nuestras penitencias y sacrificios estos pecados de «mis almas», pecados que son verdaderas heridas al Corazón de Jesús.

Comprender y sentir profundamente esta verdad es una gracia. Pidámosla.

Con esta comprensión se entiende qué lugar debe tener, entre las prácticas de la devoción al Corazón de Cristo, la Hora Santa, y cuánto ésta se conforme al espíritu de la misma devoción. Pasando una hora en oración se implora la divina Misericordia; se consuela a Jesús del abandono que sufrió en Getsemaní, mientras se busca compenetrarse con los sentimientos de su Corazón, sentirse con Jesús abrumados bajo el peso de los pecados de la humanidad entera.

Aquellos pecados El los había hecho suyos; por ellos, a los ojos del Padre, aparecería lleno de pecado. A las almas llamadas por el Señor a los dones de la vida mística, estos sentimientos pueden hacer tocar el límite de la humana posibilidad.

Nosotros nos contentaremos, al menos, con pedir una convicción interna de esta realidad, fundada en nuestra fe. Adoptaremos así, en nuestra plegaria y en la vida espiritual, una actitud mucho más humilde de sumisión a nuestro Señor.

CAPITULO VI

LA CONSAGRACION

«Con la consagración ofrecemos al Corazón de Jesús a nosotros y a todas nuestras cosas, reconociéndolas recibidas de la eterna caridad de Dios» (Pío XI, *Miserentissimus*).

Convencidos de que Cristo nos ama y que con su acción y voluntad nos habla continuamente en un diálogo de amor, nuestra posición de personas razonables será reconocer este amor, escuchar lo que El nos dice y aprovechar todas las ocasiones para corresponder a su amor por nosotros.

Por eso es necesario considerar a Jesucristo no como una cosa, sino como *persona viva*. Sobre el altar no está un Cuerpo inerte, sino un Hombre de carne y hueso, y al mismo tiempo Dios. Debemos tratarlo como una persona viva; así nuestra vida religiosa adquirirá un aspecto mucho más personal.

Nuestro amor a Jesucristo debe continuar actuando durante las ocupaciones del día. Mirando cada acontecimiento y cada cosa en relación a Jesucristo, y procurando mostrarle nuestro amor cada vez que nos sea posible.

Así daremos a nuestra vida espiritual un aspecto fuertemente cristocéntrico.

¿Queremos un ejemplo? La devoción a las almas del Purgatorio será cristocéntrica cuando nosotros, por complacer a Cristo que ama estas almas y desea que entren en la gloria para poder abrazarlas, ofrecemos nuestros sufrimientos, penitencias, sufragios e indulgencias a su favor, y al mismo tiempo queremos compensarle, al acercar un alma a El, de todas nuestras infidelidades con las que nos hemos alejado de El.

De modo semejante podemos actuar respecto al prójimo, a los superiores, a los sacerdotes..., ofreciendo a Cristo lo que es nuestro a cambio de sus dones y su amor.

Hay más todavía: «Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación» (1 Tes 4,3). La santidad no consiste en la mortificación, en la oración, en la privación de diversiones o del cine y en evitar el pecado. En la práctica reunirá la mayor parte de estos elementos, pero no consiste en ninguno de ellos y tampoco en su conjunto.

La santidad es la *conformidad de nuestra voluntad con la voluntad de Dios*. «La santidad consiste en la transformación de la voluntad propia, en la pura voluntad de Dios» (san Juan de la Cruz).

En Loyola, sobre el altar de la conversión, está escrito: «Aquí se entregó a Dios Iñigo de Loyola.»

Ignacio, un buen oficial cristiano de su tiempo, había hecho sus planes para el futuro, planes no pecaminosos, podrían ser mundanos y frívolos, pero no eran pecado. Herido en una pierna, obligado a la inmovilidad, lee, ya que no puede procurarse otra cosa, una vida de Cristo.

Durante aquellos días de gracia, Ignacio *se convence* de que Cristo es una Persona viva, que tiene una parte en su vida. Entonces renuncia a sus proyectos y se pone completamente a disposición de Jesús.

Como Saulo en el camino de Damasco, se encontró cara a cara con Jesucristo vivo, que es el mismo de ayer, de hoy y de siempre, y exclamó: «Señor, ¿qué quieres que haga?»

Esto es la santidad: la renuncia a los propios designios, incluso a los propios ideales de santidad, para que se realicen en nosotros los de Cristo.

Jesús, en efecto, tiene actualmente sus planes sobre nosotros, y nosotros no concebimos ni siquiera remotamente su grandeza, ni lo que es un obstáculo para que puedan convertirse en realidad.

Nuestros planes obstaculizan los *suyos*. El menos afecto desordenado que se mantenga en el corazón es un gran impedimento para nuestra consagración a Jesucristo.

No es fácil, pero debemos procurar hacer todo lo posible, con la gracia del Espíritu Santo: «*Veni sanctificator, omnipotens, aeternae Deus et benedic hoc sacrificium tuo sancto nomino praeparatum.*»

«Muchos oran, se mortifican, trabajan, reciben los sacramentos, practican las obras de misericordia; pocos se consagran total a Dios nuestro Señor. Interiormente no renuncian a sí mismos» (Ginhac).

Consagración es ponerse totalmente a disposición de Cristo: acto serio y bien meditado.

Como el cáliz consagrado por el obispo servirá sólo para el servicio del altar, tanto que hacerlo servir para otro uso es sacrilegio, de un modo semejante la persona que se consagra al amor de Jesús debe dedicarse, ya para siempre, al oficio de cumplir su voluntad.

Con plena advertencia del acto que se cumpla hay que presentarse al Señor y con todo el corazón abandonar la propia persona, cuerpo y alma, en sus manos: «ofrezcámonos nosotros mismos y nuestras cosas» (*Miserentissimus*)

En este acto tomamos toda nuestra vida pasada, nosotros mismos tal como somos a causa de nuestro pasado, y la vida del momento actual para ofrecerla a Cristo, decididos a dirigir a nuestro futuro según las disposiciones de nuestro ofrecimiento actual.

El alma y el cuerpo están a disposición de Cristo para siempre: «Soy Vuestro, para Vos nací, ¿qué mandáis hacer de mí?»

Todo depende de nuestro «sí». Y debemos -por generosidad y gratitud- responder con este «sí» total.

Con la mayor confianza ofrezcamos nuestro cuerpo y nuestra alma tal cual son: con nuestras faltas y pecados pasados, que Jesucristo no nos reprochará jamás.

Hace pocos años había una mujer, delegada comunista de su barrio. Vino un nuevo párroco que se interesaba mucho por los obreros y predicaba fervorosamente el Vía Crucis cada viernes.

Muchos se volvieron a acercarse a la Iglesia y se convirtieron. Sólo aquella mujer no se dejaba nunca ver por la iglesia.

Pero un día, mientras estaba lavando cerca de la iglesia, oyó las fervorosas palabras del párroco. Fue tocada por la gracia y se convirtió.

Después de algunas semanas, al párroco se le estropeó la máquina de escribir y pensó que se la podrían arreglar las hijas de aquella mujer, que trabajaban en una fábrica de máquinas de escribir: Llevó entonces la máquina a casa de la ex comunista, que le dijo: «Con mucho gusto pero tendría que esperar a la próxima semana, porque están muy ocupadas y ahora no tienen mucho tiempo.»

El párroco le dejó la máquina y volvió a casa. No había pasado una hora cuando la ex comunista volvió con su propia máquina de escribir y, dándosela al párroco, le dijo sencillamente:

-Padre, usted necesita una máquina. Mire, yo con ésta he cometido muchos pecados; quisiera que desde ahora la santificador con sus manos sacerdotales...

Esto es poner en práctica las palabras de san Pablo: «Como ofrecisteis vuestros miembros esclavos a la impureza y a la iniquidad para la iniquidad, así ahora ofreced vuestros miembros, esclavos a la justicia para la santificación» (Romanos 6,19)

Nosotros debemos hacer lo mismo; aunque hayamos cometido tantos pecados con el cuerpo, con los ojos, con las manos, con la imaginación, no importa.

Tomemos cuerpo y alma u ofrezcámoselos a Jesús a fin de que los santifique con sus manos, a fin de que *escriba* con su cuerpo u alma el mensaje que desea dar a conocer al mundo, el anuncio de paz y de amor.

Este mensaje no consiste en palabras, sino en obras; debemos ser verdaderos representantes de Cristo; mejor dicho, no solamente representantes, sino portadores vivos de Cristo, a fin de que El se manifieste en nosotros e ilumine al mundo sirviéndose de nosotros.

Consagración a Dios significa quitar los obstáculos que le impiden darse a nosotros.

Cristo: «Dios con nosotros». Nuestra entrega a El no es solamente un simple acto ascético. Cómo se ofrece el pan de la Misa, para que se transforme en Cristo, de modo análogo en el acto de la consagración nos damos a nosotros mismos, para transformarnos en El y poseer la vida verdadera.

Cristo toma posesión de nosotros, nos transforma cada vez más en El; en consecuencia, obraremos según lo que somos y entonces seremos sus representantes porque lo llevamos en nosotros.

María era una jovencita de doce años; había perdido a su madre, que le dejó un hermanito de dos meses.

Cuidó tanto al niño que éste pudo vivir y crecer. Llegada a los cinco años, un día, por las conversaciones de sus compañeros, se dio cuenta de que no tenía mamá, ¿y yo no tengo madre?

-Ciertamente, también tú tienes mamá. Está en el cielo...

-¿Es buena mi mamá?

-Muy, muy buena

-¿Más buena que tú?

-¡Mucho más que yo! -respondió sollozando María.

-¡Entonces quisiera ir al Cielo para verla! Si es más buena que tú, ¡cómo será de buena!

Esto debería poderse decir de todo cristiano: «¿Tengo un Padre en el Cielo? ¿Es mejor que tú? ¡Cuánto deseo ver a Jesús! Porque si es más bueno que tú, ¡debe ser bueno de verdad!»

Es el mismo deseo expresado en jaculatoria: «Haz que, quien me mire, te vea.»

Pero este deseo puede ser realidad solamente si Cristo nos poseé enteramente.

No se trata de imitar las apariencias externas, no es una comedia. Si El está en nosotros, su presencia se translucirá involuntariamente al exterior en las más pequeñas acciones, en los gestos, en el modo de obrar, en el tono de la voz se manifestará que El vive en nosotros.

Nuestras más insignificantes revelan inmediatamente si en el alma hay pureza, si reina Jesucristo.

Darse totalmente no es cosa fácil y no es posible obtenerlo de repente.

Pero si aspiramos a sentir en nosotros los sentimientos de Jesús tropezaremos con nuestro «yo», que no ha muerto del todo.

Hay en nosotros dos personas. Veámoslo plásticamente en el hecho acaecido a la santa madre de un sacerdote. El sacerdote comunicó a su madre la decisión que había tomado de hacerse religioso. La madre, ya anciana, respondió decididamente: «Hijo mío, yo soy vieja y moriré pronto; quédate conmigo. Cuando muera harás lo que desees. »

Al día siguiente, la madre fue a Misa y comulgó como de costumbre. Más tarde, viendo de nuevo al hijo, le dijo: «Hijo mío, ayer habló la madre; hoy habla la cristiana: hazte religioso como desees; si quieres, hoy mismo.»

Así es como debemos enferme las primeras reacciones de la naturaleza; hemos de tener la fuerza de presentarlas al Corazón de Jesús y vencernos diciendo: «primero ha hablado el hombre terreno; ahora el consagrado a Cristo»

Es la batalla de nuestra vida de consagración, vida difícil, sin duda, pero esperemos en el Señor y pidámosle la gracia de podernos dar totalmente a El. Este es el único modo de poder hacer un verdadero apostolado en el mundo: El es en realidad la Luz, la Verdad, la Vida.

Procuremos desaparecer y darle lugar a Cristo, que no desea otra cosa sino tenernos a su disposición.

Puede hacer milagros, como hace en la Eucaristía, en el cual no necesita mucho pan, sólo un trocito. Es preciso, sin embargo, que este trocito pierda su substancia para poderse transformar.

A nosotros no se nos pide ni perder nuestra personalidad, ni la sustancia, pero sí ofrecer nuestra voluntad, para que Jesucristo pueda hacer de nosotros lo que quiera.

Entonces, habiéndonos unido cada vez más a El y transformados por la gracia, podrá hacer milagros por medio nuestro.

El Señor, que «no buscó complacerse a Sí mismo» (Romanos 15,3), nos enseñará el modo de consagrarnos a El. «Señor, hazme transparente como el cristal, a fin de que tu luz pueda iluminar a través de mí.»

CAPITULO VII

LA ENTREGA DE MARIA, MODELO DE NUESTRA COSAGRACION

El gran modelo de nuestra consagración, quizás podamos decir el gran modelo *causativo*, de nuestra consagración total a Cristo es la Santísima Virgen. La imagen de la Virgen, nuestra Madre, es verdaderamente maravillosa. ¡Pensar en lo que la gracia de la Inmaculada Concepción supuso para la Virgen!

Hay cierta tendencia a presentarnos la vida de la Santísima Virgen como la vida de una joven, tal como seríamos nosotros mismos, o tal como son jóvenes que hemos conocido, como sería una campesina.

Parece que con eso queremos poner a la Santísima Virgen en el puesto que le corresponde, quitándola de un ideal de ensueños y de ficciones de fantasía en la que ha puesto una piedad poco razonada.

Y así se han escrito libros, en los cuales aparece la Virgen con esa psicología: no pensaba en la virginidad, pensaba en casarse como todas las demás jóvenes de su tiempo, porque, se dice, no se explica cómo Ella pudo pensar en la virginidad.

Creo que esto es hacer una injuria a la Santísima Virgen y una injuria a la gracia. Cuando un alma se da *de veras* a Cristo, del todo, lo primero que nace en ella es un gran deseo de virginidad, de pureza, de *entrega total* a Cristo.

Y esto que hace brotar en nosotros, no por razonamiento, sino por instinto sobrenatural, la psicología interna que lleva consigo la gracia tan limitada que a nosotros se nos comunica, ¿no lo iba a crear en la Virgen la gracia de su Inmaculada Concepción? Si nos dicen los teólogos que la Virgen tenía al principio de su vida más gracia que todos los santos juntos al fin de su vida, ¿por qué tenemos que medir la psicología de la Virgen por la psicología de una pobre campesina que apenas tiene un poquito de gracia santificante?

No: hay que medir la psicología de la Virgen niña según lo que es la psicología de la gracia en los grandes santos místicos, esa tendencia interna hacia Dios.

Si queremos comprender un poco la virginidad de María, ésta es su *consagración total*, tenemos que partir de este punto: la Virgen, desde su concepción destinada a ser Madre de Dios, era objeto de un amor de predilección de parte de Dios que no podemos concebir.

Dios alrededor de Ella constituía como un cerco amoroso que le hacía penetrar sensiblemente la delicadeza de su amor.

Y Ella lo sentía y, como era un alma creada Inmaculada, era un alma que tendía a Dios con toda sublimidad y sencillez de la tendencia total.

Sencillez, porque a Ella le parecía lo más natural del mundo el amar a Dios como lo amaba, con un amor total, exclusivo. Amaba a Dios, del cual sentía como una infiltración de sentimiento amoroso, como del amor celoso de Dios.

La mayor parte de las vírgenes cristianas entienden esta infiltración amorosa de Dios con sólo echar una mirada sobre sí mismas. Porque aun ahora Dios lo hace muchas veces.

Hay muchas almas que ha escogido desde pequeñas con amor, y es celoso de que el corazón de esas jóvenes no sea para ningún otro. A pesar de que nosotros muchas veces les damos consejos de que tienen que vivir la vida de hoy para que sean «normales», porque todo lo demás es complejo, anormal, atentando así contra la obra de la gracia.

Esta preparación del corazón para El sólo la llevó a cabo en un grado, podríamos decir, infinito en la Santísima Virgen. Y así Ella se sentía toda atraída a Dios con atracción sencilla.

Amaba tanto a Dios que ni siquiera reflexionaba en si amaba a Dios, porque la reflexión en el amor quita algo del amor, y Ella ni reflexionaba. Una madre nunca reflexiona si ama a su hijo. Le parecía tan natural ser toda de Dios.

Y así, como un lirio abierto hacia Dios, se ofrece la Santísima Virgen durante toda su vida, con sencillez, sin compararse con los demás.

Esa es la virginidad, ése es el estado interior de quien se entrega sólo a Dios. La virginidad no está tanto en la parte física, ni está en el mero pudor infantil con su actitud de reserva. Lo esencial de la virginidad está en *el corazón abierto sólo a Dios*, y si el corazón está sólo para Dios, lo demás será una consecuencia, lo arrastrará consigo.

La virginidad es la del corazón. Sólo Dios. Y se puede llegar a tal grado de virginidad que aun el quedarse un poco en una florecilla le parezca una infidelidad al amor exclusivo de Dios, porque ya su corazón es sólo para Dios.

Así estaba la Virgen, en esta actitud de lirio abierto hacia Dios: virgen del todo.

Es curioso. Dios que destinaba a la Virgen para ser *Madre*, le infunde como el instinto de ser *Virgen*. Es curioso, pero es bellissimo: precisamente le da el instinto de ser virgen para que sea madre.

El primer instinto que brota en una niña es el instinto de maternidad. La niña, en los primeros años, ante cualquier otro instinto, ya coge una muñeca entre los brazos y la sabe dormir, y la viste y la cuida y la riñe y le pega. Es el instinto materno.

Más adelante nace el instinto de esposa, cuando ya empieza a preocuparse de los pliegues del vestido, de si está manchada, si le han dicho que es guapa...

En la Virgen la maternidad brota de la virgen, de este amor exclusivo a Dios. Así la prepara Dios a ser su Madre, con esta abertura de lirio hacia sólo el Verbo, hacia sólo Dios, con esa sencillez con que se mantiene siempre abierta a El.

Y cuando la ve tan hermosa, abierta hacia sí, el Verbo se inclina hacia la Virgen.

Dios no es que meramente se abaje, sino que hace las cosas hermosas para complacerse en ellas. Y en aquella belleza de la Virgen se complace ahora el Verbo, y el Verbo se inclina hacia Ella, hacia la Virgen, hacia el lirio abierto.

Hay una imagen del Niño Jesús teniendo entre sus manos un lirio abierto, y debajo hay una frase que dice: *Suscipe me*. Cógeme. Y no sabe si es el lirio el que dice a Jesús cógeme o es Jesús el que dice al lirio cógeme.

Es el momento de la Encarnación: María, el lirio abierto hacia el Verbo; el Verbo contemplando aquella Inmaculada, aquella Virgencita. La Virgen le dice a Jesús: cógeme, y Jesús le dice a la Virgen: cógeme. Y el coger la Virgen a Jesús es coger Jesús a la Virgen, y así encarna el Verbo.

El fruto de la virginidad: la Encarnación. *Dilatare aperire, tamquam rosa fragans mire.* Ábrete, dilátate, como una rosa que despidе una fragancia deliciosa. Y así la Virgen, en la escena de la Encarnación, da su sí, «y el Verbo se hizo carne» y la Virgen se hizo Madre de Dios y de los pecadores.

Esta consagración de María a Dios, que Ella mantuvo siempre, se realiza de nuevo en el momento en que tiene entre sus brazos al Hijo de Dios recién nacido. Allí lo tiene, y la Virgen lo adora, con una adoración profunda, como nunca el Verbo fue adorado antes.

Y cuando la Virgen está delante de aquel Niño que es Hijo suyo a quien ama con un amor virginal, porque no se refleja en el Niño los rasgos del padre, sino que se reflejan sus propios rasgos y la Divinidad del Verbo, amándolo se consagra a El, en silencio, quieta.

Y le diría sin duda la Virgen a Jesús: «Jesús, mis ojos sólo para mirarte; véante mis ojos, pues eres lumbre de ellos y sólo para Ti quiero tenerlos, sólo para Ti. Mis labios para besarte. Mis labios para cuidarte. Mi corazón para amarte como volcán de amor.» Y allí está la Virgen en éxtasis.

La contemplación de María. María en Jesús veía al Verbo, no con una visión intuitiva –que no admiten comúnmente los teólogos-, pero sí con vida de fe. Pero con una vida de fe transparente, que casi lo veía.

Si decimos de los grandes santos en los últimos grados de su oración que viven con una vida de fe transparente que parece que casi están viendo al Verbo, cuánto más la Virgen, ¡con qué contemplación de amor! En el rostro de Jesús, en la sonrisa de Jesús, veía la bondad del Verbo y la gustaba. Y así vivía toda su vida gustando al Verbo, palpando a través de la Humanidad de Cristo la dulzura de la Divinidad.

Para la Virgen todo se había convertido en la sonrisa de Dios para su alma.

En Jesús veía y gustaba al Verbo Encarnado; no sólo estaba presente, sino que era su Hijo y todo lo veía como saliendo del Verbo.

No intuía al Verbo, no, pero casi lo veía.

Si dice san Juan de la Cruz que en los últimos grados se van quitando los velos de delante de los ojos del alma y queda una tela tan tenue que es casi transparente, aunque todavía es fe. Pues la Virgen llegó mucho más adelante.

Esta era la vida de la Virgen, la consagración de María al Verbo. *La consagración de María a Jesús.* Supremo ideal de nuestra consagración.

Podemos pensar que la Virgen en aquel momento de adoración de Belén tuvo una plegaria virginal: «Jesús, que haya siempre en el mundo personas que se consagren como yo. Cuyos ojos sean sólo para mirarte, cuyos labios sean sólo para besarte, cuyas manos sólo sean para cuidarte, cuyo corazón sea sólo para amarte.»

Y de esta plegaria virginal de María nació el sacerdocio y nació la vida virginal. Perpetuación del oficio de María en el mundo.

¿Qué oficio realiza María como Madre del Verbo? María *acogió* en su seno la palabra de Dios, la fomentó y nos la dio. Cuando más adelante, una vez en la vida pública, le digan a Jesucristo: «Mira, que están ahí fuera de tu Madre y tus hermanos», Jesucristo responderá: «¿Quién es mi madre y quienes son mis hermanos? El que hace la voluntad de mi Padre, ése es mi madre, y mi hermano y mi madre.»

Es decir: María es Madre de Cristo en el sentido pleno. ¿Por qué? Porque hizo la voluntad del Padre, es decir, porque recogió en su corazón el Verbo de Dios y lo fomentó en su corazón y nos lo dio encarnado: *Suscepit Verbum*.

Feliz María porque ha acogido la palabra de Dios. Feliz María porque ha fomentado, ha educado la palabra de Dios hecha carne.

El oficio de María respecto de Jesús es hacer que vaya adquiriendo la plenitud de su ciencia adquirida y aun de sus virtudes adquiridas; lo va educando. La Virgen educadora de Cristo. Y así recogido y formado nos lo da en la vida pública y en la cruz.

En aquella su consagración a Jesucristo pidió la Virgen que su función se perpetuase en el mundo.

Esa función se perpetúa en el sacerdocio y en la vida virginal: personas dedicadas exclusivamente al cuidado de Jesucristo, exclusivamente a acoger la palabra de Dios y a hacer que se encarne en ellas mismas, a fomentar la palabra de Dios y a darlas a los hombres.

María es así Madre de vírgenes, y es también regeneradoras de vírgenes

Madre de vírgenes por su oración, Madre de vírgenes por la inspiración de su amor. Tiene cuidado de que existan corazones virginales.

Y es también *regeneradora de vírgenes*. Cuando algún corazón, por desgracia suya y quizás por negligencia y aun por mala intervención nuestra, ha perdido esa virginidad, la Virgen todavía regenera vírgenes. Tenemos que quitar de la cabeza esa idea que ha llevado a la perdición a tantas jóvenes: una vez perdida la virginidad ya no hay remedio. ¡Se puede regenerar la virginidad! Como cuando se comete una falta de soberbia no se puede hacer nunca que esa falta no se haya cometido, pero se puede regenerar la humildad; lo mismo en la virginidad.

Tenemos un ejemplo bien hermoso en san Ignacio de Loyola. San Ignacio, hombre dado a las vanidades de este mundo en una vida de soldado desgarrada y vana.

En Loyola tiene aquella visita de la Virgen, de la cual él decía que no se atrevía a decir que había sido verdadera visión de la Virgen, aunque por los efectos le parecía que sí. Y en aquella intervención de la Virgen, sea por visión real o no, al fin y al cabo una gracia de la Señora, siente san Ignacio que le quitan de la mente las reliquias de todos los pecados pasados de impureza y se queda con un alma pura, tersa. La obra de la Virgen, regeneradora de la pureza.

La Virgen quería que se perpetuase la virginidad en el mundo, porque si Jesucristo nació de la Virgen allí en Belén, es ley general que también ahora en su nacimiento en las almas, Jesucristo siga naciendo de vírgenes.

Por eso, la Iglesia tiene tanto apareció de la virginidad, porque es la que hace Madre de Cristo, hace que Jesucristo sea engendrado en las almas.

Lo decía preciosamente san Gregorio Magno a las jóvenes: «Jóvenes, sed vírgenes para que seáis también vosotras madres de Cristo.»

Y ¿cómo podemos nosotros engendrar a Cristo en nosotros y en los demás? Por nuestra virginidad, nuestra consagración total a El:

Recibiendo su palabra: tenemos que estar atentos para recibir la palabra de Cristo, recibirla, acogerla.

Como dice Jesucristo, que salió el sembrador a sembrar la palabra de Dios y una parte cayó en un terreno árido, pedregoso; otra cayó entre espinas y otras cayó en tierra fecunda. Pues bien, acoger la palabra de Dios.

Beato, dichoso, bienaventurado el que recoge la palabra de Dios y la pone por obra y la lleva a fruto, la lleva hasta que fructifique en obras de salvación.

Fomentando la palabra de Dios: Dice el Evangelio que la Santísima Virgen oía las palabras de Jesús, las meditaba en su corazón y las guardaba en su corazón.

Una vez acogida la palabra de Dios, que no se pierda nada; y allí, en el corazón fomentarla por la meditación y llevarla, como dice san Pablo, hasta la plenitud de la edad de Cristo. Y por eso decía el mismo Apóstol: «Mirad que yo soy con vosotros como una madre que os está como engendrando hasta que Cristo se forme en vosotros», hasta la madurez total.

Esto es lo que hace la meditación. Meditar es sencillamente reflexionar en espíritu de fe sobre la palabra sensible de Dios, para que el corazón se penetre de ella. El Verbo *sensible* de Dios, que nos llega a nosotros *sensiblemente* por el Evangelio, por los acontecimientos providenciales, por la doctrina de la Iglesia.

Reflexionemos sobre la palabra que nos llega sencillamente, reflexionemos en espíritu de fe abierto siempre a la acción de Dios y la rumiamos. *Conferens in Corde suo*, ¿para qué? Flor y fruto de la meditación: para que el corazón se penetre de ella, para que sintamos internamente la palabra de Dios y, al sentirla y ser invadido por ella todo nuestro ser, Jesucristo se forme en nuestro corazón.

Tenemos que imitar a la Virgen y perpetuar también esta obra de María, Madre de los pecadores, con nuestro amor exclusivo a Cristo.

Curramus et amemus, corramos y amemos, amemos a todo correr, a velas desplegadas, sin límites. Como aquello que decía san Agustín tan preciosamente: *Curramus et amemus*, como dos que se quieren bien y van paseando por el campo y les parece poco, y quieren correr y quieren jugar y quieren amarse más. *Curramus et amemus*.

Imagina san Agustín que hace una apuesta con Jesucristo y dice: vamos a ver quién ama más a quién, y lanzando su amor a distancia como una jabalina, dice san Agustín a Jesucristo con santo atrevimiento de amor: «Mira, hasta allí te amo. A ver tú». Y, cayendo en la cuenta de la pequeñez de su amor, añade enseguida: «Y si te parece poco esto que te amo, haz que te ame más.»

Curramus et amemus. Amar a Jesucristo hasta unirnos con El; en una contemplación como la de la Virgen, en que se vaya haciendo transparente la fe.

Que vivamos en el espíritu sabroso de la fe, que no creamos que eso de la aridez en la vida espiritual es normal. Que tenemos que amar afectuosamente, que algo falla cuando una persona está *habitualmente* árida. O tiene algo orgánicamente mal, o tiene algo en el espíritu.

Dios no tiene interés en tenernos en la aridez, y si nos tiene en ella sin culpa alguna, será porque vamos entrando en ulteriores grados de vida espiritual.

Por fin, tenemos que imitar a la Santísima Virgen en *dar a Jesucristo a las almas*, ser también madre de los pecadores como la Santísima Virgen.

Y ¿cómo podremos realizar esta perpetuación de la Santísima Virgen en su función de ser madre de las almas, de llevar a Cristo a las almas? Cristo nos ha venido por la Virgen y sigue viniendo por Virgen. Y nosotros también tenemos que llevarlo por la Virgen.

Lo haremos ante todo *realizando la dulce presencia de María*. La Virgen tenía ese deseo grande de perpetuarse en las almas que consagren a su Hijo toda su vida para complacerse a El. Pero entre estas almas, hay algunas en las cuales especialmente la Virgen quiere realizar inspiraciones, almas que Ella escoge particularmente para reflejarse en ellas.

Y en esas almas, más que en las otras, hace que viva el amor de Cristo; más aún, Ella misa ama en ellas a Cristo, de modo que el amor de esas almas lo vea Jesús como infundido, sostenido, ayudado y elevado por la misma Santísima Virgen.

¿Cómo se realiza esto? De una manera muy sencilla; se entiende muy bien con un ejemplo.

Supongamos una familia. Se acerca el cumpleaños del padre. Ya desde un mes antes, la esposa, la mamá, empieza a preparar al niño pequeño para que diga una poesía a papá. Cuando el papá está en la oficina, coge al niño y le va enseñando con mucho trabajo cómo se declama y qué gestos tiene que hacer. Ya lo va aprendiendo. Llega el día y acoge la mamá al niño y lo pone sobre una silla y le dice: «Anda, dile a papá la poesía», y ella lo anima y se pone detrás para «soplarle» un poco, por si se olvida. Y el niño dice así la poesía. ¿Qué es lo que ve el padre en esa poesía? ¿Sólo el amor del niño? No, sobre todo el amor de la esposa que le ha enseñado la poesía, lo ha enseñado a declamar, lo ha enseñado a amar al papá. Este es el oficio de la Virgen.

Dice Beda el Venerable que la Virgen fue feliz por haber sido Madre de Cristo engendrándolo físicamente, pero más dichosa todavía porque quedó como custodia perpetua del amor de Cristo.

Ella es la que tiene el cuidado de que Corsito sea amado en el mundo. Cuidado de la Virgen que debe ser también nuestro cuidado. En docilidad con la Santísima Virgen, tenemos que ser también nosotros custodios del amor de Cristo. Nuestra consagración a El nos tiene que llevar a esto.

Ahí tenemos un modo de realizar esta perpetuación de la Virgen, la dulce presencia de María en el mundo.

María no está entre nosotros como está Jesucristo en la Eucaristía por una presencia real, sino que está entre nosotros con esta otra presencia moral, por la presencia de almas dóciles a su inspiración y que perpetúan este amor a Cristo.

Y en nuestra vida activa de trato con las almas, procuremos sinceramente que todas las almas confiadas a nosotros aprendan de nosotros a amar a Cristo. Imitar a la Santísima Virgen siendo custodios del amor de Cristo, pero del amor de Cristo perfecto.

Siempre más arriba. Por lo menos que, dóciles a Jesucristo, tengamos la sinceridad de no llamar perfección a lo que es imperfección. Que no digamos «eso no es pecado», como único remedio nuestro, sino que veamos si esto es lo que Jesucristo pide del alma, que en esto podemos hacer muchos disparates y no es tan sencillo. Que el alma es más intransigente que el director espiritual, y que no se arreglan las cosas del espíritu interior con decir «eso no es pecado». Qué triste. Está Jesucristo trabajando delicadamente con esa alma, deseando llevarla a la santidad, y

viene quizás un sacerdote o una religiosa que le dice con un descubrimiento: «Pero si eso no es pecado...»

Seamos custodios celosos de que esas almas amen a Cristo, no sólo de que sean buenas, no de que sean modernas y... no pequen, sino de que amen a Cristo con toda su alma.

Que así imitemos a la Santísima Virgen en nuestra consagración total.

CAPITULO VIII

LA REPARACION

1. Reparación negativa

Visto lo que es el pecado, es natural que nos esforcemos por evitarlo en sus consecuencias y en sus causas.

Ante todo, es precioso evitar lo que depende de la propia voluntad: el pecado personal. Este es el primer paso antes de la consagración, como el «yo confieso» precede al Ofertorio.

Después, la lucha con el pecado continuará, porque sabemos que ninguno, salvo por un privilegio especial, puede evitar todos los pecados veniales. Debemos, pues, tenerlo en cuenta.

Pero ¿cómo hemos de comportarnos una vez cometido un pecado venial o, Dios no lo permita, mortal?

Si Dios, a causa de nuestras infidelidades, permitiese tan desgraciado momento, es necesario:

No asustarse: todavía nos conocemos poco. ¿Por qué maravillarse de las caídas? Nosotros solos, ¿qué podemos hacer? Ni siquiera el confesor se maravillará...

Confiar: Cristo nos ama aun si hemos pecado. El dolor y el deseo de volver a la gracia ¿qué son, sino efectos de la misericordia de Dios? El mismo que ha emprendido la obra la conducirá a término. Recordad el pecado de san Pedro y la reacción de Jesús.

«Líbranos, Señor, de desconfiar de tu misericordia después de un mal momento.» Así nuestro pecado nos hará más humildes y más cautos, más agradecidos a Jesucristo, que, aunque ofendido, no se cansa jamás de perdonar. Nos casaremos antes nosotros de ofenderlo.

«¡Oh paciencia infinita en esperarme,
oh duro corazón en no quereros,
que esté yo cansado de ofenderos
y no lo estéis Vos de perdonarme!»

Agradecerle haber permitido esta falta o aquel pecado, en cuanto puede volverse para nuestro bien y alegrarnos de la humillación.

«Todo coopera al bien para quien ama a Dios, aun el pecado ya cometido...Se vuelve a levantar con mayor gracia...El hombre, cuanto es más cauto y humilde, tanto más establemente se mantiene en gracia...» (*S Th.* III, q. 89, a. 2, ad. 1).

Pedir perdón humildemente: considerando, además, los pecados semejantes de otros católicos, debe crecer nuestro dolor y debe surgir el deseo de reparar de algún modo.

Pero tengamos presente que el dolor, el arrepentimiento y la misma confesión no suprimen siempre del todo los efectos del pecado. Estos, aun no siendo en sí mismos pecado, nos inclinan a él. Nuestra voluntad está debilidad y, con la repetición, aumenta *la costumbre del pecado*.

Y puesto que al pecado sigue el dolor de la satisfacción incluso con penas dolorosas, si lo detestamos verdaderamente debemos combatir sus múltiples raíces.

He aquí la teología del hombre caído en pecado: todo aquello que puede ser útil para fortificar la debilidad de la voluntad, destruir las malas costumbres producto del pecado, domar la concupiscencia, disminuir la pena debida por el pecado, todo esto constituye la parte *negativa* de la reparación.

Debemos procurar hacer con espíritu de reparación y con la intención de purificarnos cada vez más lo que con frecuencia hacemos casi por costumbre: la confesión, la penitencia, el uso de los sacramentales (como tomar agua bendita), las humillaciones y mortificaciones de los sentidos que se nos presenten.

Será esto un medio para unirnos cada vez más íntimamente a Cristo, y nuestra consagración y nuestra ofrenda serán mucho más agradables a su Corazón.

No contentos con el mínimo grado de pureza, siguiendo el ejemplo de la humilde Madre de Dios, procuraremos acrecentar nuestra purificación.

2. Reparación afectiva

Puede definirse así un amor que desea consolar a Cristo ofendido por tantos pecados, a fin de que El, desviando la mirada de nuestras faltas y de las de los demás, mire solamente nuestro amor y nuestras buenas acciones. Esta reparación afectiva puede impregnar toda nuestra vida, la fidelidad a los mandamientos, a los deberes propios, a la oración.

La misma consagración, comprendida en el sentido de satisfacción de los pecados pasados, es ya reparación afectiva.

Por esta intención todas las acciones, aun las más ordinarias de nuestra vida, estarán inspiradas por el amor, y en consecuencia serán más perfectas y de mayor consuelo para Cristo, serán más eficaces para merecer gracias.

Serán, además, un incentivo psicológico para nuestra perfección.

Un negro deseaba ser sacerdote, pero el misionero no lo podía admitir en el Seminario porque no había fondos y el negro no tenía dinero para mantenerse durante sus estudios.

El negro, entonces, dejó la misión de improviso, dirigiéndose hacia el Sur. Al año siguiente se presentó de nuevo al misionero y, lleno de gozo, mostrándole unas monedas de oro, le dijo: «El trabajo en la mina ha sido duro, pero ahora tengo el dinero. ¿Puedo entrar en el Seminario?»

«Ciertamente», le respondió el Padre, admirado de su heroísmo.

Tres meses después el joven debía dejar el Seminario. El trabajo en la mina había sido excesivo. La tuberculosis estaba destruyendo el pecho del héroe.

El enfermo llamó al misionero y le dio todo el dinero diciendo: «Yo no puedo ya ser sacerdote, pero si algún otro que lo desee no poseyese los medios, aquí tiene el dinero para él.»

Después volvió a la mina para ganar la pensión a otro seminarista pobre.

Cuando sentía acercarse la muerte, su oración era ésta: «¡Señor, espera aún un mes y tendrás otro sacerdote!»

Con semejante delicadeza de amor debemos entregarnos a la reparación. Si nosotros hemos perdido nuestra inocencia podemos, como compensación afectiva, dirigir todos nuestros esfuerzos a que otra alma la conserve intacta.

Todo lo podemos dirigir a este fin. Esta reparación afectiva abrirá, en efecto, nuestro corazón al más delicado y generoso servicio del Señor.

Pero, de modo especial, reparación afectiva son la oración, la Comunión, la Santa Misa.

La reparación afectiva consiste en amar a Cristo afligido por tantos ultrajes, y es natural que para eso sirva preferentemente cuanto ha sido instituido precisamente para fomentar en nosotros el amor. La oración que repara es *la oración afectiva* por medio de actos de fe, esperanza, amor, etc,...

Es la oración descrita por san Juan de la Cruz: «Olvido de lo criado; memoria del Criador; atención a lo interior, y estarse amando al amado.» Y recordemos que «un acto de puro amor vale más para la Iglesia, que las acciones externas de todos los predicadores...» (san Juan de la Cruz).

La *Comunión* es el sacramento del amor. Es Cristo que desea unirse a nosotros y fortalecernos.

Cristo, olvidado en su sacramento de amor, debe ser el motivo que nos induzca a fervorosas comuniones para unirnos más a El. Por esto la comunión reparadora tiene un lugar tan importante en los principios de la devoción al Corazón de Jesús.

Otro aspecto de la reparación afectiva es la ofrenda al Padre, de las virtudes del Corazón de Cristo contrarias a los pecados que se quieren reparar. No olvidemos que Cristo nos ha sido dado como tesoro, podemos disponer siempre de El al dirigirnos al Padre.

Cuando sentimos que nuestro amor es demasiado frío, que nuestra pureza está desgraciadamente manchada para que sea una grata reparación, no temamos ofrecer en compensación el amor y la pureza del Corazón Sagrado.

La mejor manera, pues, de efectuar esta ofrenda es precisamente la Santa Misa, en cuanto es una ofrenda afectiva de la Sagrada Víctima.

3. Reparación afflictiva

El sufrimiento es uno de los misterios más difíciles de la vida espiritual. Es el problema constante de los hombre oprimidos por pesadas cruces.

Cada año celebra la Iglesia la fiesta de la exaltación de la Cruz. Todos nosotros deberíamos celebrar íntimamente, como una fiesta grande, el aniversario del día en el que descubrimos el valor de la propia cruz.

No nos faltan sufrimientos y penas, pero no es fácil descubrir su valor. Sabemos que la victoria está en la Cruz, y a pesar de ello la frase de san Pablo es dura para nosotros: «Puesto que me propuse no saber otra cosa entre vosotros, sino a Jesucristo, y éste crucificado» (1 Cor 2,2)

Cristo con su cruz vence al mundo; por eso no debe maravillarnos que instintivamente el mundo odie la cruz.

Si algunas veces el mundo lleva cruces, es más por el oro y las joyas que por la Cruz.

El mundo en realidad no puede comprender la Cruz. «Escandalo para los judíos, locura para los paganos» (1 Cor 1,23). El mundo busca tener a sus secuaces lejos de la Cruz y muchos perecen sin que la Cruz llegue hasta ellos.

Nosotros debemos, en cambio, ser crucifijos vivos, portadores de la Cruz en nosotros mismos, de modo que la Cruz se manifieste en nosotros.

Un día, en el catecismo, se presentó un niño que el catequista no conocía. Después del catecismo, lo saludó afectuosamente y le propuso hablar con su padre para prepararlo a la Primera Comunión.

«Por favor, no hable de esto a mi padre, que es comunista y muchas veces me ha dicho que si ve a un sacerdote en casa lo mata.»

Entonces el catequista habló con la abuela y lo prepararon todo secretamente. Después de algunas semanas se celebró la Primera Comunión.

Poco después la abuela fue en busca del catequista: «El pequeño está gravemente enfermo, pero mi hijo no permite que venga un sacerdote; no quiere ver cruces y no permitirá ni siquiera un funeral católico.»

Tres días después la abuela se presentó de nuevo: «El pequeño ha muerto esta mañana; venga, el funeral católico se hará.»

Y le explicó cómo el padre del niño había cambiado: «Cuando el niño estaba muy mal, mi hijo estaba siempre a su cabecera. De pronto, el pequeño volvió sus ojos y dijo: “¡Papá, mira!” El se inclinó sobre la cama. Aquel angelito hizo sobre sí, despacio y majestuosamente, el signo de la Cruz; luego expiró. Mi hijo se levantó lentamente y con lágrimas en los ojos me dijo: “Mamá, haz venir al sacerdote; en aquella señal de la Cruz... está todo”».

Aquel comunista odiaba la Cruz, que no conocía, hasta el día en que la vio viva en su hijo.

Nuestra tarea es la de llevar en nosotros la Cruz viviente de Cristo, para mostrarla a todos; llevarla siempre con nosotros en cualquier lugar, sin olvidarla nunca, porque en cualquier parte podemos tener necesidad de darle a conocer.

Primer grado: «*La expiación estimula la unión con Cristo, cancelando las culpas*»
(Miserentissimus)

Objeto de la reparación aflictiva son los *sufrimientos espirituales y físicos*, aunque éstos sean infligidos por nosotros mismos a nosotros mismos voluntariamente (mortificaciones, penitencias...)

En el Concilio Tridentino está claramente expresado este fin de la penitencia en cuanto satisfacción de los pecados pasados, y también está indicado que podemos satisfacer por nuestros pecados por medio de los sufrimientos que Dios nos envía.

La Cruz -penitencia y sufrimiento- en este primer grado es una purificación que tiende a hacer perfecta nuestra consagración al Corazón de Cristo. No podemos, en realidad, obtener una unión íntima con Jesucristo si no destruimos totalmente el pecado en nosotros, aun en sus consecuencias penales.

Si la unión gloriosa fuera posible sin pagar el castigo, no sería quizás necesario permanecer un tiempo en el Purgatorio privados de la visión de Dios.

Si consideramos, por lo tanto, el pecado y el castigo por él merecido, no nos parecerá excesiva reparación ningún sufrimiento.

«Por un estricto derecho de justicia...estamos obligados a reparar y expiar, sea por la ofensa hecha a Dios por nuestras culpas, sea por el restablecimiento del orden violado... Pecadores como somos cargados de culpas... debemos satisfacer a dios, Juez justísimo, por nuestros innumerables pecados, ofensas y negligencias... Por eso a la consagración debe unirse la expiación, con la cual se pagan totalmente los pecados, a fin de que la santidad de la divina Justicia no desprecie nuestra temeraria indignidad y deseche nuestras ofensas siéndole ingratas, en vez de aceptarlas como cosa agradable» (Miserentissimus).

Segundo grado: «La expiación perfecciona la unión con Cristo, participando en sus sufrimientos» (Miserentissimus)

En este caso, expiación es sinónimo de *sufrimiento*. Por eso nuestro sufrimiento significa imitación de Cristo.

Pero, a medida que un alma avanza por este camino, la idea de ser cada vez más semejante a Cristo se apodera lentamente de ella. Imitación que el amor exige. Todas las vidas de los santos nos presentan trazos semejantes.

Muchos creen hoy día sentir el celo ardiente de san Francisco Javier y desean como él entregarse a una incansable actividad; pero pocos se acuerdan de que Javier era un hombre que sufría mucho en su vida mística de oración. Él formaba a sus hijos en la fe con este sólido espíritu. En Amboino bautizó Javier un grupo de neófitos y uno de ellos era el joven Manuel de Ihative, hijo de un jefe de la isla.

A consecuencia de las persecuciones de Amboino quedaron los cristianos por muchos años sin misionero. Vinieron los musulmanes, que buscaron por todos los medios ganarlos para Mahoma, no regateando ni siquiera los tormentos, pero la mayor parte permaneció fiel.

Cuando, después de muchos años, volvieron misioneros católicos, quedaron sorprendidos de tan heroica fidelidad y preguntaron a Manuel de Ihative: «¿Qué es lo que os ha dado fuerza para resistir tan grandes persecuciones?»

Y Manuel respondió: «Conozco poco nuestra religión, pero una cosa comprendí del Padre Francisco, una cosa que él me repetía siempre: que es hermoso sufrir por Cristo.»

Mas no debe ser sólo por amor y por imitar a Cristo, muerto por mí hace dos mil años, por lo que debo aceptar con placer el sufrimiento. Hemos visto que Cristo sufre actualmente en su Cuerpo Místico. ¿Cómo puedo yo entonces pasar contento una vida agradable?

«...Estamos obligados a la reparación y expiación por cierto motivo más poderoso de justicia y amor»

«De amor, para *compadecernos* con Cristo paciente y *saturado de oprobios* y ofrecerle algún consuelo en la medida de nuestra poquedad.» «Con mucha razón, pues, padeciendo como padece todavía Crsito en su Cuerpo

Místico, desea tenernos por compañeros en su expiación..., pues, como somos *cuerpo de Cristo y miembros de miembros*, cualquier cosa que padece la cabeza es menester que la padezcan con ella todos los miembros » (Miserentissimus).

Tercer grado: «*La expiación consume nuestra unión con Cristo ofreciendo sacrificios por los hermanos*» (Miserentissimus)

Hemos visto que no estamos solo en la Iglesia; nuestra santidad va unida a la de muchísimos otros.

Ofrezcamos, pues, nuestra reparación, primero por aquellos que han sido perjudicados por nosotros espiritualmente. Estos daños, en realidad, son efecto de mis pecados personales en la Iglesia y, con mayor razón, si fueron de escándalo o de cooperación. Los pecados cometidos por mi causa y me mancharon el Cuerpo Místico de Cristo son realmente míos y debo expiarlos.

Incluso mis pecados más secretos causan un grave daño al Cuerpo Místico de Cristo, y para curar estas heridas por mí debo ofrecer mis dolores y mi expiación.

Debo reparar, además, por los pecados de «mis almas». Desde el momento en que hay una verdadera unión entre nosotros, estos pecados de los demás son, en cierto modo, realmente míos.

Esto no quiere decir que deba yo ser castigado por los pecados de otros, pero significa que, si quiero, puedo ofrecer una verdadera expiación por ellos. En consecuencia, no sólo puedo rogar por ellos, sino ofrecer penitencias y dolores, como verdadera expiación.

4. Necesidad de esta reparación

Existen argumentos para creer que en la actual «economía» normalmente no se convierte ningún alma sin el sufrimiento de otra.

Es verdadero el principio de san Pablo: «Sin derramamiento de sangre no se da el perdón» (Heb 9,22). Por lo cual: «Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo en pro de su Cuerpo que es la Iglesia» (Col 1,24)

«Es necesario nuestro sacrificio, por cuanto la copiosa redención de Cristo sobreabundantemente perdonó nuestros pecados... A las oraciones y sacrificios que Cristo ofreció a Dios en nombre de los pecadores, podemos y debemos añadir también los nuestros» (Miserentissimus).

Impresionante, aunque sea exagerada, es, a este propósito, la frase de Orígenes (In Num. 10,2; Mc 12, 638 C):

«Desde que no hay mártires y no se ofrecen los sacrificios de los santos, temo que no podamos ya merecer la remisión de nuestros pecados. Por esto tengo miedo de que, permaneciendo en nosotros nuestros pecados, nos

suceda cuanto de sí mismo afirman los judíos, o sea, que, privados de altar, de templo y de sacerdocio, y por lo tanto no ofreciendo más sacrificios –según su expresión-, “nuestros pecados queden en nosotros”, y por eso no se dé perdón. Por nuestra parte debemos decir que, no ofreciéndose por nosotros los sacrificios de los mártires, nos quedamos con nuestros pecados; no merecemos, en efecto, sufrir persecuciones por Cristo, ni morir por el nombre del Hijo de Dios.»

Conocemos la distinción entre redención objetiva y su aplicación. Pero dejemos aparte la terminología y expliquemos la realidad con un ejemplo.

La santificación de Cristo es como un gran depósito, o como una central en la que está acumulada la potencia eléctrica que debe ser usada para la salvación de las almas. Pero esta salvación no se obtiene si la energía no se transforma, si no se aplica al motor, de modo que pueda convertirse en trabajo.

En el orden sobrenatural, el motor es nuestra reparación y nuestros sacrificios. La oración podemos imaginárnosla como el conducto que lleva la energía eléctrica al motor. Pero, sin el motor, sin el sacrificio expiatorio, no podemos tener conversiones.

La eficacia de la satisfacción no depende solamente de la intensidad del dolor, sino también de la dignidad de la persona que sufre. A igual dignidad es más eficaz el sufrimiento mayor; en igualdad de sufrimientos tienen mayor valor los de la persona más digna.

Queremos manifestar esta relación con una fórmula matemática: *Eficacia de expiación = sufrimiento X dignidad.*

Si la dignidad de la persona es muy elevada, pero falta el dolor, no hay expiación eficaz. Y otro tanto, la eficacia será nula donde no haya dignidad, aunque el sufrimiento sea inmenso. La dignidad de la persona que sufre consiste en su vida sobrenatural, en su unión con Cristo.

Un motor, para poder entrar en acción, debe estar unido a la red, y a través de ésta a la central.

En el capítulo siguiente, tratando de la Misa, procuraremos comprender cómo se realiza concretamente esta nuestra unión con la satisfacción de Jesucristo, de modo que la dignidad del que sufre sea la mayor posible.

5. Algunas aclaraciones

Escribiendo Juan Pablo II sobre la devoción al Corazón de Jesús, se extendía sobre el reinado del Corazón de Jesús que identificaba el *la civilización del amor*. Y formulaba una expresión lapidaria:

«De este modo –y es la verdadera reparación que pedía el Corazón del Salvador-, sobre las ruinas han acumulado el odio y la violencia, podrá levantarse la tan deseada civilización del amor, el Reino del Corazón de Cristo.»

Aquí aparece el tema de la civilización del amor, que consideraremos en un capítulo posterior. Pero en el punto de la reparación en el que nos hallamos ahora, ofrece unas consideraciones que pueden ayudar a centrarlo rectamente. Viene a ser como presentación de horizontes redentores, que hay que mantener presentes en la reparación.

De ninguna manera viene a eliminarse la necesidad de esa reparación negativa, afectiva y aflictiva que acabamos de exponer. No es que pierda su sentido el sufrimiento reparador unido a la pasión de Cristo, del que dice san Pablo que «cumpló lo que falta a la pasión de Cristo, por su Cuerpo que es la Iglesia.»

No es que eso ya no haga falta, ni sea fructuoso, porque la verdadera reparación es la construcción de una civilización del amor. Pero vienen a redimensionarse los valores que aquí entran en juego.

Refiriéndose a las palabras citadas que había escrito, Juan Pablo II explicaba su significado diciendo que, con esas palabras, «indicaba el valor y la práctica de la reparación como elemento esencial de esta devoción, estrechamente ligado al deseo y a las condiciones necesarias para la construcción de un mundo nuevo.»

Justamente deseamos todos el establecimiento de un mundo nuevo, pero es condición *necesaria*, para que éste se establezca, la reparación del pecado.

Es el mismo pensamiento Pío XI cuando escribía la encíclica *Miserentissimus Redemptor* en el momento en que se esperaba la reconstrucción de un mundo nuevo después de gran guerra de los años 1914-1918. Para realizar este mundo nuevo, que no es obra del hombre a espaldas de Dios, hay que reparar el pecado del mundo. Por eso enseñaba a toda la Iglesia la necesaria reparación al Corazón de Jesús.

Hay, pues, un lazo múltiple entre la reparación y el establecimiento de la civilización del amor, aunque de ningún modo se identifica.

La *civilización del amor* no puede alcanzarse ni pensarse sin el ingrediente de la reparación. En efecto la civilización del amor es la humanidad nueva, fruto de la redención de Cristo, como expiación del pecado y reconciliación con el Padre.

La *reparación* es un camino hacia el establecimiento de la civilización del amor, y es ininteligible sin la tendencia hacia ella. La reparación no se queda en una simple compensación personal del desamor de otros, del pecado de otro, que es indiferente que siga pecando porque yo seguiré compensando, sino que es una compensación de amor al Amor no amado, que pretende y procura, uniéndose a la expiación de Cristo, salvar al pecador, transformar el mundo y construir la nueva humanidad, que es el objetivo de la redención de Cristo.

Es necesario, por tanto, darle a la reparación esa orientación hacia la civilización del amor, y a la civilización del amor ese contenido de la reparación.

Todo esto requiere una toma de conciencia de lo que es la realidad compleja del hombre y de la obra de la redención. Debe tenerse presente:

- 1) el proyecto amoroso del Corazón de Cristo resucitado que es la conquista de todos los enemigos, ganándolos a su amor;
- 2) la vinculación estrecha entre todos los hombres;
- 3) la exclusión de todo intimismo alienante;

- 4) la consideración de las ofensas cometidas contra el Señor ha de hacerse viendo al mismo tiempo a los ofensores como amados y buscados por el Señor;
- 5) la repercusión de esas ofensas en nuestro corazón ha de excitar un renovado amor a Jesucristo que trata de reparar las injurias; y un renovado amor en él a los mismos ofensores pidiendo por ellos y trabajando, en cuanto sea posible, por su transformación, en orden al cumplimiento de los designios divinos de una nueva humanidad.

CAPITULO IX

LA SANTA MISA

«Es necesario no olvidar nunca que toda la fuerza de la expiación depende únicamente del cruento sacrificio de Cristo, que se renueva ininterrumpidamente en modo incruento sobre el altar» (Pío XI, *Miserentissimus*).»

Jesucristo ofreció en la Cruz una expiación infinita. Esta expiación no quita que también nosotros debamos satisfacer, así como sus méritos no suprimen los nuestros ni nuestras buenas acciones.

Pero es cierto que nuestra satisfacción es nula si no está unida a la de Cristo. «Nuestra satisfacción es tal, en cuanto es valorizada por Cristo, en el cual expiamos haciendo dignos frutos de penitencia, que valen por El, El los ofrece al Padre, y por medio de El son aceptados por el Padre.»

Esta unión se da ya en un alma que participa de la vida de Cristo, en la vida de la gracia. Pero tal unión es más perfecta cuando se hace explícita uniendo nuestra reparación a la suya, nuestro sacrificio al suyo, que se renueva en modo incruento sobre el altar.

Un joven sacerdote, nombrado párroco de un barrio parisino, fue recibido a pedradas y una le dio en la frente y cayó en tierra, manchado de sangre. El sacerdote, entonces, recogió la piedra y alzándola al Cielo, dijo: «Esta será la primera piedra de la iglesia que voy a construir.» Y así fue.

Tal vez este hecho pueda darnos una pálida analogía de la edificación de la Iglesia Universal sobre el cruento sacrificio de Cristo.

En la Iglesia, en efecto no sólo la piedra fundamental es fruto del sacrificio; cada una de las piedras que la forman es símbolo de un nuevo sacrificio. «A El habéis de allegaros como a piedra viva rechazada por los hombres, pero por Dios escogida, preciosa. Vosotros, como piedras vivas, sois edificados en casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios, por Jesucristo» (1Pe 2,4-5).

Los sacrificios más generosos vienen a formar las joyas y piedras preciosas más cercanas al tabernáculo de Cristo.

«Como Moisés en el Antiguo Testamento, así Jesucristo nos llama en el Nuevo, diciendo: "Cada uno ofrezca sus dones según la inspiración del propio corazón." Es justo que cada uno

ponga su parte para el tabernáculo del Señor. El sabe bien lo que ofrece cada persona. Es cosa muy hermosa que se pueda decir de ti: el oro del Arca del Testamento lo ha tal persona; la plata de las bases y de las columnas es de tal otra; el bronce de los candelabros es de esta otra, y así para cada cosa.

Pero ¡qué vergüenza sería que el día de la visita no hallase nada tuyo, nada que tú hubieras ofrecido!

¿Has sido tan irreligioso e infiel que no has dejado ningún recuerdo en el tabernáculo del Señor? ¡Si el día de la venida el Señor encuentra algo tuyo en su tabernáculo, te defenderá y te llamará suyo!

¡Señor Jesús, concédeme ser digno de ofrecerte algún don para tu tabernáculo! Si posible fuera, quisiera que hubiese un poco de oro mío con el que se haga el Expiatorio. ¡Y si no poseo oro, que te ofrezca al menos un poco de plata para las columnas... o al menos bronce..., mas si todo esto estuviera fuera de mis posibilidades, que sea al menos digno de ofrecer- te la lana de mis cabras para tu tabernáculo!»

Así Orígenes comentaba las palabras de Moisés. Reflexionemos, pues, mirando a la Iglesia; dejémonos llevar por nuestro afecto. Hay algo nuestro, algo que nos pertenece íntimamente en este imponente edificio espiritual.

En ella hay algo de nosotros, algo de nuestro corazón; una partecita de nuestro sacrificio, de la sangre de nuestro corazón. Cada «piedra» es un sacrificio. Pero debemos tener presente que cada piedra debe estar unida a la fundamental. Nuestro sacrificio debe estar unido al de Cristo, y esto se realiza especialmente en la Santa Misa.

Como para celebrar la Santa Misa es necesaria una gota de agua unida al vino en el cáliz, así nuestro sacrificio, aunque pequeño, aunque muy semejante también a la gotita de agua, es necesario, no obstante.

El vino con la gota de agua, símbolo de mi cooperación sacrificial, es transformado por la transubstanciación en la Sangre de Cristo. Ofrezcámonos nos- otros mismos, nuestra persona, para ser transformados en Cristo a través del Sacrificio suyo y nuestro.

Nosotros podemos ofrecer nuestro sacrificio y el de Cristo, y Cristo ofrece el suyo y el nuestro. De este modo el sacrificio nos une; nos fundimos en este fuego íntimamente uno y otro.

La culminación de esta función unitiva del sacrificio se logra después, en la Comunión, cuando El viene a nosotros para permanecer en nuestro corazón y transformamos en El.

La Misa en sí misma

El Padre Isaac Jogues volvió de América después de su primer martirio: sus manos habían sido mutiladas. No le era permitido, por eso, celebrar la Misa. Fue pedida al Papa la dispensa de esta irregularidad y Urbano VIII la concedió con estas palabras:

«Sería indigno que un mártir de Cristo no pudiese ofrecer la Sangre de Cristo.»

Esta es quizá la más hermosa definición del católico: «Un mártir de Cristo, que ofrece el Sacrificio de Cristo.»

¡Nuestra vida es un martirio! «Ofreced vuestros cuerpos en sacrificio vivo» (Rom 12,1). Comenta san Juan Crisóstomo: «¿Cómo se puede transformar nuestro cuerpo en sacrificio? Que

tus ojos se abstengan de mirar cosas malas, y se convertirán en sacrificio; que tu lengua no pronuncie ninguna palabra indigna, y esto es sacrificio...»

«Castidad en la juventud, martirio sin sangre», decía san Bernardo.

Este mártir, que es cada católico, se presenta todas las mañanas a ofrecer el sacrificio de Cristo, al cual une la pequeña gota de agua de su martirio.

Cada Misa representa, además, la ofrenda incruenta del día, o sea, del propio martirio diario, del propio testimonio diario de la caridad de Cristo.

Como Jesucristo quiso expresamente que el Cenáculo estuviese bien adornado para la ofrenda de su sacrificio incruento. antes del sacrificio doloroso y sangrante del Gólgota, en tanto que dos horas más tarde las luces estaban ya apagadas y en las tinieblas exteriores del Huerto de Getsemaní comenzaba el sacrificio cruento; otro tanto sucede en nuestra Misa.

El sacerdote se reviste de ornamentos preciosos y se adornan con esplendor nuestros altares: se celebra nuestro sacrificio y nuestra ofrenda incruenta. Poco después se apagan las luces y comienza la realidad sangrante de cuanto hemos ofrecido junto con el sacerdote de modo incruento.

En la Misa, en efecto, no ofrecemos nuestras cosas, sino a nosotros mismos como víctimas a El. Esta víctima será sacrificada durante el día.

El sacerdote nos da la bendición en forma de Cruz, y nosotros la aceptamos repitiendo sobre nosotros el mismo signo. Ahora comienza el sacrificio cruento. Vivámoslo -nuestro sacrificio- unido ya, con la voluntad, al de Cristo.

Mañana, o el domingo siguiente, volveremos de nuevo a unir nuestra gotita de agua al vino de la naturaleza humana, sacrificada, de Cristo, para unimos a El nuevamente en el mismo sacrificio.

Si nuestra vida es un continuo testimonio rendido a Cristo, también de nosotros se podrá decir que somos:

«Mártires de Cristo que ofrecen el sacrificio de Cristo.»

CAPITULO X

LA CIVILIZACION DEL: EL REINO DEL CORAZON DE CRISTO

El acto redentor de Jesucristo en la Cruz desemboca en el reinado de Cristo glorioso. Jesucristo es constituido Señor y Rey por su inmolación y glorificación. La nueva creación es su reinado de amor.

Sin embargo, el término «Rey» sugiere tantas cosas que existe cierta preocupación al utilizarlo en referencia a Jesucristo. Jesús mismo sentía esa preocupación en su vida pública y predicación. Y esto le llevaba a prohibir frecuentemente a sus seguidores que corrieran la voz de que El era el Mesías-Rey.

1. Reino *en* este mundo, pero no *de* este mundo

San Juan orienta su relato de la pasión sobre el tema central de la realeza de Cristo. En el centro del proceso ante Pilatos suena la gran pregunta: «¿Tú eres Rey?» Y Jesús, antes de dar la respuesta, matiza el sentido de su realeza: «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis soldados hubieran luchado para que yo no fuera entregado en manos de los judíos.»

Con estas palabras Jesús matiza la calidad de su reino. Su reino, siendo verdadero, no es a la manera de los reinos terrestres, apoyados en la fuerza y en los ejércitos. Pero, evidentemente, su reino es verdadero, y debe realizarse en este mundo.

Jesucristo no nos ha redimido de una manera estrictamente individual, salvando a cada uno en su intimidad y llevándolo al cielo, sino que ha redimido a la humanidad entera y a cada uno de nosotros, miembros de la humanidad y en relación con ella.

La salvación hay que entenderla como salvación universal de la humanidad, y por cierto ya desde este mundo. Traicionaría la voluntad de Dios y de Cristo quien renunciara a la transformación de la humanidad sobre la tierra en una nueva humanidad salvada por Cristo.

Esta transformación de la humanidad, esta nueva creación en la que consiste el Reino de Cristo, se ha de establecer no por la fuerza o por la violencia, sino a través de la transformación de los corazones, que luego se expresen y se irradien en la vida y en la sociedad.

2. El mundo de hoy tiene sed de una civilización nueva

La gran tarea de los apóstoles del Corazón de Jesús es mostrar al mundo que en el Corazón de Jesús encontrará la solución de los males que le torturan y el cumplimiento de los anhelos que arden en su pecho.

Esto tiene aplicación en el punto en que nos encontramos. El mundo está anhelando, sin tener conciencia refleja de ello, el reinado del Corazón de Cristo, porque está anhelando la civilización del amor.

Es evidente que en el mundo hay muchas estructuras injustas, que se deben cambiar. Pero esas estructuras son injustas por el corazón del hombre que las monta y las mantiene.

Esa injusticia de las estructuras no se remedia por el simple cambio de ellas por otras. Nunca se establecerá así el orden. Porque, si no se cambia el corazón, las nuevas estructuras serán fruto de nuevo del corazón injusto y malvado.

Las espectaculares convulsiones del mundo comunista oriental, de ese mundo proclamado por muchos hasta ayer como el camino de la salvación de los pueblos, confirman por vía de experiencia que no puede hallarse la felicidad por el camino de la revolución violenta y de las luchas del odio.

La enfermedad del mundo está en su corazón. Tiene un corazón de piedra, materialista, egoísta. Por eso se inclina inmediatamente a fundar la sociedad sobre las riquezas, sobre el odio, sobre las luchas. No advierte que quien aumenta el odio aumenta el reinado del mal.

El ideal es, pues, el establecimiento de un mundo nuevo de una creación nueva, fruto de la redención de Cristo: que adquiere matices concretos y luminosos a la luz del Corazón de Cristo.

El mundo necesita remedio, necesita curación, porque el hombre tiene corazón de piedra. El remedio lo tiene en el Corazón de Cristo por el que se establecerá la civilización de su amor.

3. La civilización del amor

La expresión civilización del amor la acuñó Pablo VI y la utilizó, sobre todo, a partir del Año Santo de 1975. La acogió e hizo suya Juan Pablo II y la convirtió en programa de acción, destacando en múltiples ocasiones los elementos que aquí entran en juego:

- a) La experiencia de un mundo sin corazón. Hay medios materiales para remediar muchos males del mundo, pero falta ese medio principal que se llama *corazón humano*, el cual constituye el centro impulsor de la fraternidad y que nos ha traído Jesús con su Corazón, con su amor. Muchos experimentan en sí y alrededor de sí esa dureza del corazón.
- b) Evangelizar a ese mundo que anhela el Corazón de Cristo. Nuestro celo apostólico, que brota de la entrega reparadora al Corazón de Jesús, debe dirigirse a localizar y detectar la sed que de hecho hay en el hombre, aunque quizás no sentida como tal. Es la nueva evangelización. El hombre se hace hombre a través del corazón. El hombre de hoy anhela la civilización del amor
- c) Trabajar por el establecimiento de la civilización del amor. Con hermosos rasgos describía Juan Pablo II esa civilización del amor en 1986:

«Es una sociedad en la que el trabajo serio, la honradez, el espíritu de participación en todos los órdenes y niveles, la actuación de la justicia y de la candad, sean una realidad. Una sociedad que lleve el sello de los valores cristianos como el factor más fuerte de cohesión social y la mejor garantía de su futuro.

Un armonioso vivir juntos que elimine las barreras de la unidad nacional y constituya el marco del desarrollo de la región y del progreso humano.

Una sociedad en que estén a salvo y custodiados los derechos fundamentales de la persona, así como las libertades civiles y los derechos sociales, con plena libertad y responsabilidad, y en la que se emulen mutuamente en el noble servicio del país, cumpliendo así su vocación humana y cristiana. Una emulación que se proyecte al servicio de los más pobres y de los más necesitados en el campo y en las ciudades. Una sociedad que avance en una atmósfera de paz y de armonía...»

Y a todos exhortaba a trabajar por ella sin desanimarse, a pesar de los graves obstáculos.

d) La pieza clave: *la transformación de los corazones*. Esa transformación no es obra humana. Es fruto de la redención de Cristo y se realiza a través de la expiación del pecado y de la adhesión al Corazón de Jesucristo:

«Frente al Corazón de Cristo aprende el corazón del hombre a conocer el verdadero y único sentido de su vida y de su destino, a comprender el valor de una vida auténticamente cristiana, a preservarse de algunas perversiones del corazón humano y a unir el amor filial hacia Dios con el amor hacia el prójimo.

Así -y es la verdadera reparación que pedía el Corazón del Salvador-, sobre las ruinas que han acumulado el odio y la violencia, podrá levantarse la tan deseada *civilización del Amor*, el reino del Corazón de Cristo.»

El principio fundamental de la civilización del amor está en el corazón humano transformado desde la fuente de vida del Corazón de Cristo y participando de él.

Y todo corazón que ama a Jesucristo y sintoniza con su Corazón tiene que anhelar el establecimiento del reino de su amor, la civilización del amor.

4. Colaboración universal al reino del Corazón de Cristo

A todos mueve el Papa a que trabajen por establecer la civilización del amor, según su vocación y su puesto en la sociedad. Nadie puede quedar indiferente o inactivo.

Pero la acción constructiva del reino de Cristo no es la simple técnica o la simple acción, sino la que brota de un corazón bueno con la bondad nueva de Cristo. Es la acción que se produce como expresión de un corazón que se entrega y ofrece.

Tal calidad del corazón es fruto de la acción del Espíritu Santo. Su importancia vital para el establecimiento del reino es la que nos urge a cultivar en todos los cristianos esa cualidad del corazón.

Por otra parte, donde hay un corazón que se da a Cristo y a los hombres, que se ofrece personalmente en fuerza del sacerdocio común recibido en el bautismo, entonces toda la vida de ese hombre es fecunda y constructora de la civilización del amor.

Claro está que si ese ofrecimiento es verdadero, y el hombre se entrega de veras por la salvación del mundo y para reparar su pecado en orden al establecimiento del reinado del Corazón de Cristo, pondrá cuantos métodos estén a su alcance para edificar también activamente, según sus posibilidades y vocación, la civilización del amor.

Es, sencillamente, el programa y la espiritualidad del Apostolado de la Oración: *la entrega personal, reparadora, de la persona y de la vida al Corazón de Jesús por medio de María, para cumplir fielmente la voluntad de Dios y establecer el reino del Corazón de Cristo, la civilización del amor.*